

El emigrante no hace un viaje... Un relato biográfico transgeneracional (1948–1978)

Miguel Rivas

*El emigrante no hace un viaje...
El viaje lo hace a él, al despertarlo a una nueva vida.*

DEDICATORIA

A los valerosos supervivientes del tsunami emocional que se presenta con el tiempo, y que deben afrontar tanto hijos como nietos de la emigración, forzada por la adversidad e incertidumbre, que los lleva a nacer y crecer en la cultura del país elegido por sus mayores: distinta y distante que se confrontará con la del destino elegido por ellos en el que se cuele, debate, entremezcla y pervive el ambiente ancestral que instalan quienes se van, aunque nunca acaben de irse, socavando los pilares del edificio identitario.

AMBIENTACIÓN E INTROITO

La sucesión de hechos que se relatan, denota e ilustra la peregrinación de una familia zamorana “condenada” a buscar en la emigración un salvoconducto ante el empeoramiento de la situación que se volvía insostenible en su aldea de origen, tras la conclusión de la Guerra Civil con el triunfo de los *nacionales*, encabezados por el general Francisco Franco Bahamonde.

Mucho antes, hacia el año 1923, y luego de transcurrir casi dos décadas pariendo y amamantando, una sencilla y modesta dama castellana, llamada Felipa (San Cristóbal de Aliste, Zamora), quedaba nuevamente encinta de su octavo hijo; uno (el gemelo del primer hijo varón) había ya muerto durante el parto (practicado en la casa y sin la asistencia necesaria ante la ausencia de la matrona zonal y vocacional, sustituida

habitualmente por la parienta más próxima). El que luchó (premonitorio entrenamiento) por llegar a la vida; Félix Artemio, por nombres de pila, terminaría siendo años después el soldado de la familia, al ser reclutado para la Guerra Civil (1936-39) para enfrentarse contra el bando rojo.

A decir verdad, le faltó tiempo para elegir el color contra el que arriesgar su vida al afrontar una causa que trascendía raciocinio, minaba su voluntad para abrazarla y ninguneaba tareas vitales pendientes que difería *sine die*. La logística que acompañaba a la instrucción militar se apoyaría en casas de familia captadas para la ocasión. A Félix Artemio “le tocó” la ciudad extremeña de Malpartida de Cáceres; a cuyo nombre, según coincidían todos los que allí se congregaban, le sobraba en su denominación la letra T.

Como labores previas a la “mili” forzada, el citado estrenaría juventud como pastor aventajado del rebaño familiar, docente a tiempo parcial y concejal comarcal¹. Entre su vocación multifuncional, ejercería años más tarde, de “Celestino” ante el más pequeño de los hermanos (que nacería antes de terminar aquel año de 1923) y al que acompañaría (exigiéndoselo), cuando los tiempos impondrían la huida hacia América, cuando sobrepasaba ya las 50 primaveras.

Como aún no había trabajador social en esa época para desalentar partos en serie y concienciar sobre la dificultad de criar a los que nacían, la abnegada madre de esta numerosísima familia se daba ánimos y exclamaba: -“Ya son muchos, pero si mi marido quiere y Dios me los sigue dando..., ¿qué le voy hacer? Es de muy buena esposa, madre y cristiana, criar hijos para él y herederos para el Cielo...”.

La adversidad reinante (alternaban comidas, llevándose siempre mejor ración los cuatro mayores), cargar con siete hijos y asumir el resto de las tareas propias de una casa terminó por minar su precario estado de salud. Fallecía cuando Andrés (Zuelo; de ahora en adelante, el más pequeño de la casa) aún iniciaba su escolarización sin que el

¹ La comarca, en el ámbito zamorano, no ha tenido en la etapa contemporánea ningún referente político-administrativo; por lo tanto, sería concejal de un ayuntamiento. (N.E.)

padre pudiera asumir y hacerse cargo de un hogar cuyas goteras se mantenían aún en época de sequía.

Quizá Zuelo fue el hijo que más acusó una orfandad materna que se produjo de forma temprana e imprevista (ataque de corazón certero que no esperó a que llegara el “que hacía de médico”). Acompañaba día tras día, minuto a minuto, a quien recordaría siempre como la mujer que reúne todas las virtudes que un hombre debe observar en quien quiera merecer su compañía.

A falta de madre se aplicó para, en plena pubertad, poder concluir la media docena de años de precaria educación escolar que le eran concedidos a quien mostraba, entre todos los hermanos, más gusto y dedicación por lo académico que por las tareas agrícola-ganaderas, ejercidas por sus mayores; única vía de sustento facilitada por un padre que se veía viudo y sin compañía tan temprano.

La escuela (hoy la llamaríamos rural), acogía a medio centenar de críos de todas las edades y estaba abierta a los pueblos colindantes. De relacionarse e impartir lecciones multi-asignatura se encargaba una afanosa docente, la Srta. M^a Luz, de la que destacaban, más allá de la paciencia y dedicación, sus inocultables pectorales, motivo de conversación e impacto imborrable en el recuerdo de todos los que fueron sus alumnos hasta el mismo día de hoy.

De los siete hijos, los tres más jóvenes intuían que “hacer las maletas” era imperativo de supervivencia y en tales afanes se concentraron ni bien tuvieron uso de razón. El mayor de esos tres fue quien, atendiendo el reclutamiento de una tropa eclesiástica que visitaba la zona cada verano, se mostró decidido a seguir su “repentina vocación”, asumiéndola como misión vital y vía única hacia una formación que se le negaba, o mejor dicho, se reservaba para otro perfil de niños con mayor iniciativa y talento.

El sacerdote católico que merodeaba la zona, ojeador circunstancial de niños para el seminario se entrevistó con el padre (de nombre Paulino; creyente, en apariencia) de los siete huérfanos de madre y en rápido acuerdo decidieron “reclutar” a quien, con el tiempo, profesaría votos perpetuos convirtiéndose en misionero claretiano del Corazón de María, ordenándose un lustro después en Salvatierra (Álava, País Vasco).

En tal condición, residiría en más de una docena de ciudades españolas en las que destacaría como eficiente Hermano (su apatía hacia los libros desaconsejó su carrera sacerdotal); director del rezo diario del santo rosario; responsable del huerto; impecable sastre; abnegado zapatero, de los que los confeccionan y no solamente los reparan, erigiéndose en referente de austeridad, sobriedad y de algo más indefinido, que todos dieron en llamar santidad.

Como única compensación (más allá de la espiritual de la que hizo siempre gala) recibió, en casi siete décadas de profesión, un billete aéreo de ida y vuelta a la capital argentina, ciudad en la que nacería y residiría su sobrina, hija de Zuelo, con motivo de su 1ª comunión y a la que sería cordialmente invitado. No obstante, optaría por pernoctar durante su residencia bonaerense con sus compañeros de congregación, a los que siempre reconocía como su auténtica familia, haciendo patente la frase que, por mucho que sea conocida, no siempre es honrada: “Es y será siempre de bien nacidos, ser agradecido”.

Así pues, la familia seguía reduciéndose ante la impotencia del jefe de familia que, dado el cuadro socioeconómico de la época, no podía más que aceptar la decisión de cada uno de sus hijos, impotente él en poder proporcionarles un motivo para que no dejaran la tierra y siguieran acompañándole en su azarosa y laboriosa vida. Y considerando ese inevitable goteo que traía los tiempos adversos, les llegó el turno a los dos más jóvenes que permanecían solteros y prestos a dejar el nido familiar cuando las condiciones fueran las adecuadas. Zuelo y su hermana más joven eran los que más se trataban y cuyo diálogo aparecía como el más fluido por convivencia diaria, proximidad generacional y química contrastada. Tales empatías incrementaban complicidad y un más que acuerdo implícito, sin ulterior negociación, para sellar un común destino.

La hermana de Zuelo cuidaba de él, como si fuera su madre, y de él recibía consejos que su padre nunca acostumbraría a compartir por falta de tiempo y hábito cultural en la que el diálogo filial respetaba el género: -“¡Y ya no estaba la abnegada y entregada madre para orientar y conversar con sus hijas hembras!”. Zuelo, ni corto ni perezoso, oteó

el horizonte y supo que una hermanastra (“media hermana” o “hermana de leche”, como se decía en aquella época) de su difunta madre, por nombre Dominga, había protagonizado una historia de amor que dio lugar a una crítica popular despiadada llevándole a verse expulsada de todo corrillo y reunión social. Su mayor pecado parece haber sido enamorarse de quien no pertenecía a la clase socioeconómica de la que ella provenía y eso constituía delito y condena social, según usos y formas de tales tiempos, que hoy generaría bochorno y repercusión mediática. La situación expuesta la llevó a suscribir un pacto oral con su prometido amado, llamado Domingo, que consistió en escaparse del pueblo, cada uno por su lado, hasta reencontrarse del otro lado del charco, con quien terminaría siendo su esposo en ceremonia que no tuvo invitados en una ciudad de la que Zuelo nunca había oído hablar pero que situaba muy lejana.

Se había enterado de que en tal urbe vivían muchos españoles, que habían optado por dejar pueblos y ciudades y que vivían bien al poder comer cada día, cuando en aquella España, era un hecho tan excepcional como extraordinario. Zuelo, como muchacho despierto que soñaba tomar distancia del pueblo que lo vio nacer fue sabiendo que la ciudad de destino se hallaba al otro lado del Atlántico, a 20 días de navegación, desde el puerto de Vigo (Pontevedra). Nunca había salido de su terruño pero ya iba sabiendo que para llegar hasta allí debía subir hasta la estación existente en el vecino pueblo de San Pedro de las Herrerías donde un tren de la RENFE unía su comarca natal hasta esa ciudad portuaria de la provincia de Pontevedra, ya en territorio gallego.

Indagó y nunca se dio por vencido hasta que pudo localizar las señas para redactarles una carta solicitando ayuda para acogerlos y alojarlos inicialmente. Tal misiva se convertiría en la primera que escribía en su vida y en la que raudo salivaba para fijar bien el sello y documentar intenciones, incorporando tímidamente como destino una ciudad (oída de nombre) que escribió de una vez y todo junto: *Buenosaires*. Los días de espera que mediaron entre la fecha de expedición y la eventual respuesta se hacían interminables. Tal angustia, más que ansiedad, los llevaba; mucho más a su hermana que a él, a dudar de un posible acuse de recibo y eventual

respuesta favorable para abrazar una nueva vida; nunca soñada ante la escasa viabilidad existente. La vida no sería fácil y bien que la asumían al aceptar que estarían alejados de padre y hermanos, pero por compensación imaginaban un bienestar que encantados aceptaban si se redujera a un plato caliente que por aquellos tiempos era esporádico e incierto en una España que lloraba aún a sus muertos y seguía sin levantar cabeza.

Mucho de la situación descrita obedeció al coste de la indefinición que trajo la endeble postura tomada por España al no tomar partido en la Segunda Guerra Mundial que había acabado en el año 1945, con el triunfo del bloque soviético-anglo-americano que doblegaban a un estadista alemán de origen austríaco, devenido temporalmente Führer, dadas sus megalómanas aspiraciones.

Pero el tiempo pone todo y a todos en su lugar y la anhelada respuesta llegó de forma oral por medio de un vecino del pueblo, de abundante melena, apellidado paradójicamente Calvo, que visitaba su San Cristóbal natal esos meses pre-estivales de 1948 para confirmarles que tanto Dominga (tía materna) como Domingo (su ya flamante esposo) estarían muy contentos en acogerles. El susodicho y asiduo visitante (vacacionaba anualmente en el pueblo que le había visto nacer) había hecho fortuna en el rentable mundo del tabaco, autonombrándose sin intervención real alguna como “Marqués de Alcañices” (emulando la cabecera judicial de la comarca zamorana en la que se localizaba la humilde aldea, origen y residencia de los futuros emigrantes). El nobiliario nombre (título apropiado sin la venia del Duque de Sesto, cuya opulenta residencia en Madrid se convertiría décadas después en la sede del Consejo General de la Abogacía de España) invitaba a que el hombre se pavoneara tomándolo también por identificación comercial con un claro objetivo promocional. El objetivo, según argumentaba hasta la saciedad, era el “de poder transmitir y garantizar la nobleza” que alcanzaban los que fumaban sus cigarros (puros): otra época, otros lugares que propiciaban semejante acto de autoconfianza y éxito comercial sin contrastar riesgos para la salud ni interés por indagarlo por parte de sus potenciales fumadores.

Animados por el discurrir de los hechos, Zuelo y hermana, se consagraron a la preparación del equipaje que mucho no sería pues nada

les sobraba y todo les faltaba por aquellos recónditos rincones castellanos. Lugares que formaron parte, siglos antes, del antiguo Reino de León, cuna del parlamentarismo (anterior al británico) como hoy se concibe, sin que muchos de allí hayan caído en la cuenta de sus credenciales para presumir de haber impulsado la democracia en ese rincón de Europa. Aun así, y apostando para acertar el número de días que faltaban, concentraron en un bolso lo que constituían las pertenencias de ambos, dispuestos a encarar el aspecto más escabroso de la misión que afrontaba: “¿Quién pagaría el viaje?”. Puestos a explorar distintas vías, nunca imaginaron que el primero en acercarse sería su padre quien se deshizo de lo que contaba, que cabía en un puño y que quiso hacer efectivo juntando las dos manos de los hijos; gesto que encerraba todo un mensaje que simbolizaba y valía más que las monedas que entregaba. No fue menor la sorpresa cuando al día siguiente, volvió a presentarse El Jefe (patriarca donde lo hubiera) con el importe que había recibido al vender la única vaca que le quedaba, no sin lágrimas, que humedecían sus ya arrugadas mejillas. Aun así, quedaba mucho dinero por recaudar si los dos hermanos querían compartir viaje y afrontar las primeras necesidades con las que lidiar en destino.

Permanecía aún por tierras zamoranas el auto-proclamado “Marqués de Alcañices”, cuando Zuelo, ni corto ni perezoso, aprovechó la festividad de Santiago Apóstol de ese año (Patrón de España, pero también del pueblo del que era oriundo) para transmitirle el deseo y curiosidad que supondría para él iniciarse en el mundo del tabaco. Zuelo se iba animando y encendiendo, justificándose, como quien abre el paraguas antes que llueva: -“Siempre y cuando el Marqués quisiera saber de su experiencia y recorrido”, según le dijo cuando intuía que el botón del puesto excedía el ojal de su trayectoria.

El pseudo-noble de Alcañices pasaba por ser muy admirado por los “paletillos” locales a los que se les hacía agua la boca cuando hablaban con los pocos que habían podido aspirar y concretar lo que ellos nunca se hubieran planteado. Ni más ni menos: viajar y tomar distancia de tan lúgubre entorno, lucir ostentosamente en cuello y muñecas algún que otro objeto de reluciente oro y sobrarle algún que otro kilo que tanto echaban de menos por aquellos recónditos lugares de la geografía castellana.

Entre sus aventuras y andanzas de la época adolescente, Zuelo presumía de haber incursionado como aprendiz en dicho negocio, pues había “transado”, antes de que tuviera barba, con socios portugueses que le traían muestras de inmejorable calidad. De hecho, conocía bien los cigarrillos elaborados con tabaco procedentes de la República de Angola; género que junto al café, los diamantes y el petróleo, constituían la riqueza principal del país que fue conocido en cierta época como “la Suiza portuguesa”. En esa época, como en la presente, tener gestos con vecinos y, particularmente, con quienes la vida no les había sido generosa, era motivo de lucimiento y lustre de vanidad. Hoy, sería reconocido (y condecorado) por autoridades relevantes como mecenas y/o líder social y, seguramente, también por cualquier agente social que se precie como firme y consecuente ejecutor de la llamada RSE (Responsabilidad Social Empresarial).

“El Marqués”, consciente de todo ello, no desaprovechó la oportunidad para difundir por la zona, antes de confirmarle personalmente a Zuelo, la aparente contratación permanente del joven aspirante (contrato indefinido que incluía el pago del billete,... que luego descontaría de la primera nómina). Su decidida (y repentina) apuesta por jóvenes decididos a conquistar el mundo, nacidos y criados en una tierra tan auténtica, tan orgullosa de su gente como pobre y necesitada de solemnidad, quedaba certificada y garantizada por la elocuencia de su discurso. En definitiva, al joven Zuelo vino Dios a verle y “El Marqués” a contratarle.

El claro propósito de superación (y necesidad) del joven, tan decidido como apuesto, terminó por persuadir a quien le ofrecía su primer empleo en la vida e, inesperadamente, allende los mares, en la más que atractiva capital de Argentina. Tal país destacaba en el concierto de naciones que ante la hambruna europea, presumía de ser país-granero del mundo, por su volumen productivo y por el valor que habían alcanzado cereales como el trigo y el maíz, ante la generalizada escasez tras las contiendas bélicas europeas.

No todo fue fácil, como era de suponer. Aun contando con el generoso desprendimiento paterno, costó juntar “las perras” necesarias para el segundo billete, según se llamaba a las pesetas de la época y se

requería adicionalmente organizar una cuestación extraordinaria entre parientes y allegados.

Llegar a la dichosa *Buenosaires* le insumiría a la pareja de hermanos día y medio así como transitar fugazmente por tres países, desconocidos por el atrevido dúo de músicos sin partitura, que estrenaban mundo, confirmando una incipiente curiosidad y haciendo aflorar un talento dormido como dispuesto a despertar. Ambos hermanos se estrenaban así, como discípulos de la incertidumbre, que imprimiría a fuego sus futuros años cual déspota mandatario que acostumbra a imponer sus normas a dóciles súbditos tras ejercer sus primeros años en la vida como sumisos pueblerinos.

Finalmente, el viaje de ida fue en avión, pues resultaba más económico que hacerlo en los barcos que la línea Ybarra, con sede en Bilbao, capital de la provincia vascongada de Vizcaya, ofrecía por aquellos años con notable éxito tras la espantada de europeos en general y de españoles e italianos, en particular. La ida en avión trajo consigo alguna que otra indisposición digestiva en quienes nunca habían viajado más de un par de horas en ningún otro medio que no fuera un burro los días 4 de cada mes hasta el mercadillo que ponían en el vecino municipio de San Vitero, y que les proporcionaba lo poco que podían comprar. Madrid/Cuatro Vientos, Sevilla/San Pablo, Villa Cisneros (Sáhara Occidental), Natal/Augusto Severo (Brasil), Montevideo/Carrasco (Uruguay) y Buenos Aires/Morón (Argentina) completaron el itinerario en un modesto aparato de medio centenar de plazas; un DC-4 (fabricado por la McDonnell Douglas en EE.UU.). El multimotor pertenecía a la compañía Iberia, muy popular en aquella época por ser la línea de bandera, que coronaría una travesía intercultural inimaginable para tan atrevidos polizones, cuya realidad se mezclaba con inesperados sueños que se presentaban confusos y difusos. El aparato de Iberia transportaba a dos jóvenes candidatos, dispuestos a “comerse el mundo” (postergando el manjar nacional al ignorar que llegaban al paraíso cárnico del momento), al otro lado del Atlántico, peregrinando por países y culturas desconocidas, sin que hubieran oído hablar de su existencia. Se les presentaba, por primera vez, la oportunidad

de salir del terruño ancestral que identificaban como “pueblo”, aunque no pasara de modesta aldea.

Once años discurrirían desde el año de llegada hasta 1959 para que Zuelo, a instancias de su hermano Félix Artemio; veterano de la Guerra Civil y antiguo “requeté” (casado ya desde 1946), tuvo conocimiento de la clara intención de su hermano de amañar su futuro matrimonio con la hijastra de quien era su esposa, viuda de un camarada de trinchera.

Zuela (la hijastra), era la hija biológica de Lázaro, amigo de juventud hasta que una bala de un comando enemigo lo dejó moribundo apartándolo de la vida unos días después en el municipio pacense de Monterrubio de la Serena, desde donde comunicaría el hecho a quien más tarde sería su esposa. La invitación para concretarlo habría sido hecha, según se encargó de propagar el que sería padrastro de Zuela, por el mismo amigo cuando se sintió moribundo y supo que el desenlace estaba ya próximo.

Abnegación y dedicación no faltaron en su afán de criar y educar a esa niña de siete años que estaba huérfana desde los dos, y a la que nadie hubiera imaginado convertirse sucesivamente en hijastra, sobrina y cuñada, al dar pábulo a un vínculo conyugal (con marcada influencia matriarcal, en la que fue más oyente que dicente) con su madre biológica que se prolongaría por más de seis décadas (la mitad del tiempo en territorio americano). Todo lo anticipado ambienta e inspira el relato que ilustran las próximas páginas, y en las cuales se podrá confirmar que “locura y pasión” alimentan la contradicción (Hegel ya lo había anticipado), fuente y reto de toda razón de ser; auténtica y sentida. Aun así, podrá verse también que el talento innato y la disciplina exigida se confirman como cláusulas imprescindibles de una póliza vital inédita e inspiradora, llena de aprendizaje emocional y cargada de lecciones para quienes acepten ser buenos alumnos.

DESEMBARCO PRE-CONYUGAL EN LA ARGENTINA

Entre 1948 y 1959, ya establecidos en la capital argentina, discurrieron hechos en los que Zuelo y su hermana, cual pareja tradicional

en la que los roles estaban muy bien marcados y diferenciados, fijarían el patrón conyugal a los que cada uno recurriría inevitablemente a lo largo de sus respectivas vidas. Serían sus respectivas futuras parejas testigos de inesperados hechos y conflictos que se producirían y sucederían y a los que, muchas veces, no sabrían afrontar o acertar con la solución cierta o menos dolorosa, según se verá.

Toda transmutación cultural siempre deja marca y, sobre todo, las que por conjugar calibre y calado despiertan el gen dormido. Genes, neuronas y hormonas son los responsables en potenciar el “modo supervivencia” que activa el OK de la torre de control mental. Sucede y ocurre efectivamente cuando no se tiene en cuenta condicionamiento afectivo alguno y se pone en cuarentena el “qué dirán”, pues reputación e imagen quedan aparcados ante la necesidad e indignancia que apremian.

La llegada, como era de esperar, no fue nada plácida y aunque la acogida familiar de la pareja conformada por los tíos Dominga y Domingo fuera bálsamo y elemento de contención, no todo salió (especialmente, en los primeros años) a “pedir de boca”. No fueron pocas las veces que la hermana de Zuelo intentaba persuadirlo de rectificar y desandar el camino transitado que llevó a ambos hermanos a cruzar el océano Atlántico que, coloquialmente, llamaban “El gran Charco”. El matriarcado rampante de la cultura zamorana no conseguía imponer sus tesis, aunque luego la más que observable orientación matriarcal en la familia política de ambos sobresaliera y se impusiera nítidamente.

El desembarco e integración a una gran urbe como era en ese momento Buenos Aires, capital de una de las diez economías más sólidas del mundo, según el PIB que difundían agencias y organismos especializados de la época, suponía un caldo de cultivo que ponía a prueba el talento heredado y la capacidad superadora de los hermanos zamoranos recién llegados como “emigrantes a prueba”.

El “Marqués de Alcañices” fue menos marqués de lo esperado y Zuelo no pudo satisfacer sus propias expectativas ni las de su Jefe, quizá exageradas y propias del típico español “cantamañanas”; en este caso, “aportañado” (porteño era el gentilicio que identificaba a los que nacían o crecían en la capital, próxima al puerto de Buenos Aires, y que no se

caracterizaban por su excesiva modestia). El anhelo de familiarizarse con el sector argentino del tabaco se esfumó más rápido que lo que dura una cajetilla fumada entre amigos que se citan haciéndolo reaccionar vehementemente cuando le informaron que no le harían fijo tras los primeros tres meses transcurridos, incumpliendo lo prometido. Y se quedó en la calle nomás el bueno de Zuelo, experimentando la amarga resaca que dejan los primeros tragos cuando no se ha bebido previamente: “No hay mal que por bien no venga”, repetía insistentemente para, quizá, convencerse de una lección no solicitada, y menos imaginada.

Semejante “jarro de agua fría” le hizo sacrificar la dedicación plena a la que se había consagrado por corresponder con dedicación y entrega la supuesta confianza depositada en él por el Sr. Marqués en la plaza principal (la única) de San Cristóbal; punto obligado de encuentro de su amada aldea. La pasantía resultante (a pesar de haberle sido ofrecido previamente contratación indefinida cuando hablaron en España, y hacerlo público entre las amistades que frecuentaba) había discurrido por la planta de secado y selección del tabaco que llegaba desde las provincias productoras del norte del país para luego pasar a la nave donde se situaba la cadena de tareas en las que se liaban artesanalmente e introducían en cada cajetilla. El trajín era permanente e incesante. Veinte unidades daban lugar a una cajetilla que junto a otras 99 formaban lotes que quedaban almacenados en el depósito hasta que un considerable camión (con acoplado; llamado tráiler o remolque en España) de los que fabricaba la marca americana GM (General Motors) las recogía para su posterior distribución por el territorio nacional.

Decepción y mucha ante el infausto estreno, pero también aprendizaje del que nunca se olvida; del que nunca se hubiera beneficiado por más que se esmerara. Y eso que había pasado a ser uno de los más aplicados alumnos de la escuela de su querido pueblo zamorano, dirigida por la profesora M^a Luz, cuyos rayos a la altura del pecho cegaban a precoces e inquietos adolescentes que no conseguían, ni les importaba, mirarla a los ojos.

Para Zuelo, ser benjamín de una familia que no ofrecía más que el oscuro porvenir de sobrevivir, sin saber si habría plato seguro al día siguiente, no aportaba mayor garantía a una supervivencia que

se sorteaba alimentándose de lo poco que producía el “secarral” en las que se localizaban las modestas fincas que poseía su hacendosa pero poco hacendada familia.

Nuevos contactos y la inquietud propia de quien sabe que “día que se pierde no se recupera”, lo llevaron a “patear” el adoquinado, típico de una ciudad que lo deslumbraba como cegaba por partes iguales, día tras día, hora tras hora. A pesar de las dificultades que las aceptaba como coste de inserción (llamado “derecho de piso” en la jerga porteña) perseveraba en su orgullo, sin que por su cabeza le rondara la idea de “tirar la toalla” e iniciar el camino de vuelta a casa. Tal sentimiento que no siempre era compartido por una leal e incondicional hermana, cual “Pepita Grillo” de ultramar que todo lo cuestionaba como si el inconsciente familiar de los ausentes (progenitores), indagación esperada y temor característico del clan estuviera representado en ella al 100%.

Sin hacerle caso ni tener en cuenta sus escépticas impresiones, Zuelo perseveraba en el intento y seguía luchando hasta que un buen día consiguió presentarse a una ronda de entrevistas que para ejercer como camarero del personal médico promovía un hospital municipal por el barrio porteño de “La Paternal”. Dicho distrito sería, muchos años después, muy popular, pues próximo a dicho nosocomio se erigía el estadio y ciudad deportiva pertenecientes al Club de Argentinos Juniors, equipo de primera división de la Liga Argentina en el que se daría a conocer y luego despuntaría Diego Armando Maradona.

Sin tiempo para el amor, aunque apañado y acompañado por el afecto de su hermana y tíos maternos, pasaba sus días alternando estados de ánimo que alcanzaban su nivel más bajo cuando caía en la cuenta en la dificultad de independizarse hasta no reunir un cierto colchón de pesos (moneda local).

No tener excedentes para el ahorro le impedía afrontar un alquiler para vivir junto a su hermana. Plantearse buscar, sin ahorro alguno, la más modesta vivienda que los albergara era una quimera, o bien, “pedirle peras al olmo” como también por allí se acostumbraba a expresar, repitiendo lo que en buena parte de España también se sabe y reproduce.

Zuelo recuperó la esperanza cuando fue seleccionado y contratado para iniciarse como camarero de cantina hospitalaria; puesto, sector y ámbito que ignoraba por completo y que raramente se notaba por ese intangible que en él se palpaba cuando se le conocía y comenzaba a tratársele. Fue así que el candidato a emigrante en destino desconocido por todos y todavía sin tiempo suficiente de pasar por un argentino más (el acento hispano-castellano, como flagrante evidencia), se mostraba dispuesto a darlo todo. Su pasión vital hacía que saliera indemne ante cualquier estreno y satisficiera las expectativas puestas en él por el interlocutor de turno dada la simpatía y empatía que nunca le faltaba y que, casi siempre, derrochaba.

En pocos meses, se ganó el respeto del personal médico que diariamente atendía provocando que muchos optaran por sentarse en la zona a su cargo, ni bien entraban en confianza, pues discreción y atención le caracterizaban a quien sabía que con humildad y respeto podía salir adelante y asegurar su propia supervivencia (y la de su hermana; único familiar directo en tierra de conquista). Zuelo nunca daba puntada sin hilo y el ginecólogo al que atendía cada día terminaría siendo el profesional que atendería a su futura mujer cuando teniendo confirmado su “estado de buena esperanza” (siendo el segundo intento; el primero en el continente americano) recurriría a sus servicios hasta el mismo momento del parto. El vínculo establecido trascendería con creces ese momento y consolidaría una sólida amistad personal entre ambos durante los años venideros.

Todo ese tiempo le sirvió para recuperar la autoestima (enterrando una cierta ego-estima; aceptable, quizá, como salvoconducto ante lo desconocido) que tanto resultó afectada durante su etapa en la empresa tabacalera e hizo votos para perseverar en su puesto de trabajo sin omitir encomendarse a San Cayetano, patrono del trabajo, quien era un ícono popular a nivel nacional, y a cuya parroquia rendía visita periódica. El santo de origen italiano atraía a decenas de miles de fieles cada 7 de mes, siendo el de agosto el momento de una de las romerías más numerosas de gente devota procedente de buena parte del país que llegaba al santuario que se había construido, con el apoyo popular, en el porteño barrio de Liniers, ni bien se iniciaba el siglo XX.

Permanecía también en Zuelo el hábito de rezos continuos e intensos que hacía a diario, pues la influencia y constante recuerdo de su difunta madre le removía y promovía recitar el padre nuestro y un ave maría, como lo hacía ella, al salir de casa temprano por la mañana y, también, antes de acostarse por la noche. Lo uno y lo otro lo movilizaba y lo encontraba justificado en su imaginario para implorar por un segundo trabajo que le ocupara las tardes que tenía libres, a excepción de las de domingo, día en el que su tarea era acompañar a su hermana a la misa que se oficiaba en la parroquia próxima a la casa en la que habitaban. En cada celebración dominical eran saludados y reconfortados por el Padre Stella, que décadas después sería ungido obispo por Mons. Bergoglio (luego Cardenal Bergoglio y hoy, papa Francisco), asignándolo a la diócesis de San Martín (con permanente conflictividad laboral por la concentración fabril existente) cuyo nombre fundacional honraba al prócer y no al santo.

Nuevamente, la búsqueda no fue fácil y muchas suelas de zapatos se desgastaron en el intento hasta que, curiosamente, dio con otro Sr. Calvo (mismo apellido que el del “Marqués”), como si cada posible empleador le recordara que por trabajar con ellos “se le podía caer el pelo...”. En este caso, el buen hombre quiso enseñar con el ejemplo y le dijo que tenía inmejorables referencias de su “buen hacer” y como lo veía joven y con ganas de salir adelante, le terminaría ofreciendo, para sorpresas de Zuelo, “asociarse” en pequeños hoteles que iba construyendo. Cuando se le formalizó el ofrecimiento, reaccionó entre emocionado, confuso y nervioso, exclamando sin recato alguno: -“¿Y de dónde voy a sacar tal cantidad de dinero?, si vivo al día y apenas llego a cubrir los gastos”. Fue entonces cuando el afable Sr. Calvo (nº 2) le tranquilizó diciéndole que le descontaría de su nómina, mes a mes, un pequeño porcentaje para que fuera capitalizándose, mientras podía ir cubriendo sus necesidades e ir conociendo la profesión de la que, seguramente, podría vivir de ella, siempre que le gustara.

Y Zuelo respiró, muy agradecido y expresando loas (tanto a San Cayetano como al repentino empleador) por la contratación en condiciones tan ventajosas, inesperadas e inimaginables meses atrás, que ofrecía

el tipo de vínculo que le proponía el Sr. Calvo, hombre aparentemente desinteresado y tan noble como amable, según se venía comportando. Su conducta le haría incrementar estima personal y gusto por lo bien hecho y, progresivamente, recuperar la confianza, tan desgastada por la decepción causada por el pseudo-aristócrata tabacalero. Y, finalmente, asumió como responsable de recepción en un hotel situado en el barrio de Flores (célebre hoy por haber sido el distrito en el que nació el Padre Jorge Bergoglio; novicio jesuita por aquel tiempo y hoy Papa de la Iglesia Católica) en el que, prácticamente, consumió una década en la que pudo ahorrar, independizarse (prescindiendo de su querida hermana) aunque no adentrarse mucho en su paisaje, por carecer de tiempo para hacerlo.

De igual forma, esos años le permitieron ir acumulando deseos para hacer un primer viaje a la tierra en la que lo vio nacer y en la que nunca volvería ya a reencontrarse con su padre pues había fallecido en la década en que estuvo ausente y sin que mediara abundante correspondencia dada la laxitud del sistema de correos imperante en la época.

Aunque seguía desempeñándose en dos trabajos (al hospital lo sustituyó por otro hotel, cuya propiedad era también del Sr. Calvo), Zuelo iba sacando tiempo para familiarizarse con amistades argentinas que le ayudaban a adentrarse en otras idiosincrasias ajenas al patrón zamorano que encarnaban tan bien tanto él, como su hermana y tíos. Tal situación cuestionaba ya su epicentrismo y arraigada creencia de considerar a su carácter como patrimonio universal al que todos debían tener como referencia. En tal encomio, comenzó a salir y noviar con damas locales que le permitían conocer otras formas y conductas para poder avanzar así sobre tipos de vida que contrastaban con la suya, a la vez de enriquecerla. Observaba, no obstante, hechos y dichos que no lo convencían suficientemente a la hora de tomar una decisión de “sentar cabeza” e imaginar un plan de vida con quienes eran sus interlocutoras y esporádicas amigas.

Tal evidencia tomó forma cuando, hacia 1958, decidió iniciar los preparativos para el viaje (de ida y vuelta) al terruño, cuya realización venía postergando y que inspiraría, ante todo, conocer a su compañera

para toda una vida. Y para ello, se dejó orientar por su hermano mayor y dilecto consejero, Félix Artemio, docente en sus ratos libres, concejal de la comarca durante una legislatura y pastor a cargo del rebaño que le había confiado su familia política.

Más de diez años de abnegado trabajo, con dos empleos que ocupaban todo su día, y una cuantía de ahorro derivado de ingente dedicación fueron aval suficiente para plantear el viaje soñado que siempre deseaba desde que llegó a territorio americano desde el pueblo en el que, junto a su hermana, se planteaba una pregunta que, ahora, iba encontrando respuesta: -“¿Qué podremos hacer de nuestras vidas cuando no se tienen contactos, oportunidades ni apoyos?”. No obstante, se mantenía precavido ante un eventual acontecimiento de “boda exprés”. Con casi cuarenta años, temía que ya había llegado la hora de “formar una familia”, aunque miedo, duda y deseo compartieran idéntico protagonismo y la incertidumbre volviera a visitarle como omnipresente testigo de su paso por la vida.

Semanas antes, había reservado tiempo para organizar un tour de compras para pertrecharse con el objeto de conformar un ajuar que no tuviera nada que envidiar a ningún astro del cine de la época que tanto le inspiraba: camisas de seda, trajes de Cachemira, corbatas de seda italiana, zapatos de charol; entre otros objetos de deseo y reclamo.

Fred Astaire, desde Hollywood, marcaba tendencia en el mundo y en el joven zamorano que iba descubriéndolo, prendado ante su danza y popularidad que teñía esa época e impregnaba las imágenes que llegaban a la pantalla de televisores que solo dejaban verse en los hogares argentinos más pudientes.

Aunque no lo reconociera entre sus amistades y parientes próximos que lo fueron despedir al puerto de Buenos Aires, se veía moral y socialmente obligado a mostrar palpablemente entre sus parientes y familia directa lo bien que le había ido y justificar lo acertada de la decisión de irse a “hacer las Américas”.

Y el día soñado se produjo a través de una navegación que duró 18 días y que hizo en camarote individual (la hermana había decidido cuidar el nido que compartían) recogiénolo en el puerto de destino

(Vigo, Pontevedra) sus hermanos Félix Artemio y Manuel (el misionero claretiano; que disfrutaba en aquel mes de vacaciones estivales) quienes, sorprendiéndose ni bien lo vieron por mostrarse tan seguro de sí mismo, después de recordar las condiciones en las que lo habían despedido. Ambos hermanos quedaron literalmente absortos de la elegancia que mostraba quien una década antes había dejado el pueblo vistiendo harapos, sin temor al exceso de equipaje pues había empacado lo poco que complementaba lo puesto. Quizá el detalle (que aún hoy se recuerda por el pueblo que, celosamente, guarda ese tipo de memorias) hayan sido los zapatos de blanco charol que por aquellas épocas podían verse solo en películas pues salas de proyección ni televisión eran habituales en aquellas antípodas sobreocupadas y preocupadas en sobrevivir, sin apenas distraerse.

El viaje en tren, desde el puerto gallego de Vigo hasta la localidad zamorana de Puebla de Sanabria (donde los recogería un taxi cuyo servicio había sido apalabrado días anteriores) fue tan ameno y familiar como sorprendente e incomprensible la confianza hecha por Félix Artemio al sorprendido oído de su hermano Zuelo: -“¡Ya lo conseguí! ¡No me lo puedo creer! Finalmente, ¡la hija rompió con el sobrino del cura!”. Nadie hubiera dudado que él era el destinatario e involuntario instigador pero quiso el momento y olfato que no se diera por aludido ni mostrara interés en una revelación que alentaría una decisión que produciría profundos cambios en su vida inmediata y de los que, aparentemente, no quería ser consciente. Buena parte de la jornada diurna había transcurrido cuando llegó el momento en que pudieron contemplar el crepúsculo sobre su entrañable aldea, cuyos vecinos estaban fuera de sus casas, alertados por la inminente llegada de unos de sus más queridos “hijos-pródigo”.

Era habitual darle la bienvenida al forastero que visitaba y pernoctaba en el pueblo, y mucho más si era pariente de vecinos tan conocidos. Interesarse por él y por cómo le había ido, en este caso, al “exitoso emigrante” era socialmente imperativo (aunque todos lo supieran por el cotilleo habitual que abundaba ante la carencia de noticias dado el reducido número de medios que se agotaban en el periódico que llegaba

semanalmente y la radio que pocos aún tenían). Aunque Félix Artemio ejerciera de anfitrión, su esposa (casada en primeras nupcias con quien había sido el mejor amigo del susodicho y muerto en la infausta Guerra Civil, como ya se dijo) era la que mandaba o “cortaba el bacalao”, como popularmente se decía y caracterizaba a buena parte del elenco femenino comarcal. Félix Artemio, en su condición de anfitrión ocasional, fue quien le presentó a Zuelo (su cuñado) a su hijastra de poco más de veinte años (actual sobrina) que, curiosamente, se llamaba Zuela, aludiendo al mote que distinguía a la saga que ella ahora representaba y que pasaba por ser una de las más desahogadas y solventes del pueblo en términos morales, patrimoniales y económicos.

Aunque el trato inicial fue distante, propio de quienes aún escrutan a quien observarán y diseccionarán posteriormente sin escatimar minutos, se fue distendiendo con el paso de los días. Preguntas e indagaciones correrían por cuenta de la matriarca de la casa hacia un forastero que respetuosamente atendería con la solvencia propia de quienes, por haber padecido, “saben ya curar”.

La madre de la niña Zuela era el arquetipo de la mujer castellana de la época: tan coqueta como trabajadora; analfabeta pero sabia; “mandona” aunque leal y consecuyente con sus tareas y obligaciones libremente asumidas; tan sufrida por la pérdida del marido (que también era su primo carnal) como por la muerte de dos hermanos en Cuba, por tuberculosis, y de su primer hijo, por meningitis. A pesar de todo ello, siempre se mostraba optimista y dando consejo de no desfallecer ante quien tuviera delante. Era habitual encontrarla mostrando su fe cristiana y encomiable esperanza en salir adelante que resultaba contagiosa para quienes la visitaban o conocían. Muy celosa de su hacienda y, por ello, tremendamente desconfiada a la hora de tener que repartirla si el viento arreciaba y podía hacerle “ventilar” su hacienda legítimamente heredada de sus mayores, sin mayores conflictos, por haber quedado como hija única.

Sobraban motivos entonces para entender los motivos de por qué estaba tan pendiente y movilizada ante cualquier tipo de insinuación que mozo alguno pudiera hacer. Siempre y cuando su objetivo último fuera

rondar a su hija interviniendo directamente para analizar pros y contras del candidato cuya eventual aceptación y aprobación final podrían cambiar su existencia y residencia.

Ante semejante cuadro, Zuelo se esmeraba en demostrar que tenía en su haber una década ganada en un destino, deseado ya por muchos, y que toda la adversidad padecida podía constituirse en baza ganadora para merecer la confianza de su familia política y poder impresionar mejor a tan compleja cuadrilla. Dada la ocasión, a Zuelo le venía a la memoria la sabiduría gauchesca que impregnaba su Buenos Aires adoptivo y que con muchos desengaños en materia afectiva, bien conocía: “Quien se quema con leche, cuando vea una vaca siempre llorará”.

Promediaba el año 1959 y tras el verano europeo, el otoño además de traer hojas secas anunciaba un frío invierno con abundante nieve en el que se veía poco arropado al rondarle en mente el viaje de regreso a Buenos Aires, programado para los primeros días de diciembre. No lo haría sin antes festejar su 36° cumpleaños y hacerse a la idea de afrontar el contraste con los 36 grados que el mercurio tenía de media en diciembre la ciudad que, cual madre consecuente, lo había sabido adoptar y brindado oportunidades para que, bien aprovechadas, pudieron ayudarlo a salir adelante. Y al igual que hizo una década atrás, aprovechó la fiesta de Santiago Apóstol (Patrono de España, pero también de su pueblo), para disfrutar como no lo había hecho en la década ausente, reconociendo y saludando efusivamente a todos los que se acercaban, sin desaprovechar la música contratada (sobraban orquestas tradicionales de gaita y tamboril) durante los meses de verano. “Hacer el agosto” nunca estuvo tan justificado para poder conocer a las mozas que se daban cita y, si terciaba, bailar con las más guapas que aceptaran el envite del “forastero americano” y ya popular entre los que vivían y visitaban al pueblo cuando el sol caía e invitaba a tomar “chatos de vino” en el único bar, regentado por el Sr. Ricardo, junto a su familia. Y he aquí que, cuando el sol ya se ponía, se percató de no haber invitado a bailar a Zuela, hija de anfitriona y cuñada, muy ocupada y preocupada también durante toda la tarde por la poca atención prestada al “invitado a su

casa”. No obstante, no le importaría “lucirse” si, finalmente, el “galán de Buenos Aires” se animaba y tenía el detalle de “sacarla”, aprovechando algún pasodoble de los que no paraban de interpretar (género más que popular en la época).

Finalmente, pudieron coincidir al caer la tarde, acompañándose mutuamente, insinuando un apretón de manos que anticipaba intenciones y transmitía claras pretensiones. Las semanas que siguieron a ese 25 de julio no sorprendieron a nadie y el “tonteo” dio paso a una candidatura formal que debía ser revisada y estudiada, antes de ser finalmente aprobada, por La Jefa de la casa. Lejos de amilanarse por la inminente y esperada supervisión, Zuelo fue haciéndose con su nuevo estatus, llevándolo dignamente, e ilusionado de poder “formalizar” antes de su regreso. Celeridad era un requisito tan importante como el escrutinio que su futura suegra había asumido como prerrogativa que tenía como madre/notaria (escribana, en Argentina) ante la inminencia conyugal en la que se veía inmersa su única hija. Todo iba sobre ruedas y cuando menos esperaba una intervención semejante, aprovechando el desayuno familiar en el marco de una radiante mañana estival, la madre de Zuela lo sorprendió con una pregunta que le sonó a condición infranqueable y rendición anticipada: -“¿Y cuándo cree Vd. que, junto a nuestra querida hija, podremos estar todos instalados en ese Buenos Aires?”. Si haber recibido el despido de la tabacalera fue para él un jarro de agua fría, semejante “ajusticiamiento” oral lo fue de una extremadamente congelada. Reponiéndose aún de la sorpresa que generó tan inusitada indagación, atinó a exclamar: -“¡Qué alegría me da saber que tienen ganas de pasar una temporada por allá!”.

Puestos a elucubrar el desenlace de los hechos, Zuelo tomó debida nota de estar atravesando por uno de los momentos cruciales de su vida en los que una decisión podía afectarla y transmutarla sustancial y definitivamente. Nunca imaginó que alguna de las lecturas que hacía durante los tiempos muertos que tenía trabajando en los hoteles del Sr. Calvo podrían socorrerle ante tan histórico momento e invocando a Kant (Immanuel) se dijo: -“La paciencia es la fortaleza del débil y la impaciencia, la debilidad del fuerte”. Y quedaba más que claro quiénes eran

los llamados a ejercer roles tan disímiles. Absoluta y rabiosamente contrapuestos eran los ejercidos entre quien se veía como diminuto David expuesto, sin mayores apoyos que la palmada en el hombro de algún amigo optimista, ante un Goliat femenino e implacable.

Concluía agosto y cada uno de los visitantes regresaba a sus lugares de procedencia. El comienzo del ciclo lectivo se producía hacia la primera semana de septiembre y, ni corto ni perezoso, se armó de valor para tener “una primera conversación” con tan preseleccionada interlocutora. La misma que estaba llamada (e inducida) a convertirse en la única candidata a ejercer de futura esposa y eventual madre de sus retoños (siempre quiso ser padre; quizá, para redimir a quien no había tenido tiempo de haberlo sido con él). Aprovechó que en el pueblo no hubiera “testigos” ni visitantes (no era tan extrovertido como hubiera deseado) para proponer a Zuela un plácido domingo (después de misa). Se impuso un paseo por un campo hartado de verano que terminaría en animada merienda, ambientada en mullido manto verde y basada en apetecibles bocadillos con pan del día anterior preñado de embutidos de la última matanza familiar, y que despedían un aroma que sabía a gloria.

También recordó Zuelo, fiel a sus dotes de organizador, la sed que pudiera presentarse durante el resto de la tarde, una botella de gaseosa La Familiar, popular en la comarca, siendo producida y embotellada en el mismo pueblo por parientes del lado materno de Zuela. “Romper el hielo”, no le sería fácil cuando tenía por bien sabido, que a Zuela (hija) no le permitían participar en conversaciones de ciertos temas cuando tampoco ella mostraba suficiente iniciativa para tomar parte e incidir en ellos. Por aquel momento, ya concluidos los años de escuela que pudo aprovechar, ocupaba su tiempo en tareas de costura y bordado, hacia las que había mostrado una cierta afición e interés. Tampoco daría puntada sin hilo en la vida, emulando a Zuelo, como más adelante, podrá verse confirmado. A pesar del reto, la salida al campo fue el marco que necesitaba para “separarla” de un cuadro familiar que la subsumía como la más pequeña de la casa, reduciendo la autonomía que tenía y el tiempo disponible con el que contaba para conversar animadamente con quien quería tener un aparte con ella.

Fruto de su perseverancia y deseos de clarificar su situación afectiva, consumió horas en preámbulos y características de la República Argentina convirtiéndose más en una lección de geopolítica que en el prólogo inductivo al tipo de relación que avizoraba y no azuzaba. Tanto deseaba a la sardina que no conseguía retirar su ascua de la lumbre principal. Como si viniera Dios a verle, ella misma lo interrumpe abruptamente y le espeta: -“Si es que todo va bien entre nosotros, ¿crees que la diferencia de edad será un problema o será aún más aceptar vivir luego junto a mis padres? Es que a veces no hablas claro o no entiendo bien cuando callas sin explicarte”.

Reponiéndose del vértigo causado por la inesperada salida, balbucea y dice: -“Con buena voluntad y respeto todo saldrá bien y verás que todo termina encajando. Nuestras familias se conocen por generaciones y tal complicidad será determinante”.

Concluido el día de campo con los deberes hechos, tanto Zuela como Zuelo veían que sus destinos se cruzaban irremediabilmente, pero como si fueran esos destinos los que tomaban las decisiones y la pareja acompañara el proceso como simples testigos invitados para la ocasión. Contratados por las propias circunstancias actuaban cual meros figurantes o “extras” de una representación a la que debían acudir sin poder negociar “caché” ante la nula experiencia previa.

La madre de Zuela, como si sus oídos hubieran permanecido durante el día de campo junto a los protagonistas del inminente compromiso, abrió el desayuno del día siguiente con un saludo con encubierto mensaje: -“¡Muy buenos días Señor! ¿Cómo ha descansado? ¡Menudo sol asoma hoy para iluminar a quien quiera aprovecharlo!”.

Zuelo, consciente de la necesidad de estar despejado cada día, aunque no pasara por la ducha, inexistente en aquella época, tomó el guante y suelto le replicó: -“¡Desde el mismo día en que llegué de la Argentina, veo luz cada día por doquiera en esta casa y familia!”.

Ante cada intercambio de palabras veía afianzarse su aceptación y condición de candidato a “yerno”, rótulo que no le sonaba bien al oído aunque en épocas de formulismos y formalidades no podía sustraerse de ir entonándose para hacerse a la idea y con-

vencerse, progresivamente, que el pronombre “Yo” daría lugar al de “Nosotros”.

Zuela, ni corta ni perezosa, mostraba un incremento de actividad y faena en las que su único destinatario y receptor de frases, dichos y hechos era su tío Zuelo, que pasaba por ser único depositario y beneficiario. La corriente afectiva era visible y tangible y los hechos parecían precipitarse a ritmo de jota charra, danza popular típica en la zona a la que optaban mayormente los adultos y que habitualmente se escuchaba en aquella casa.

Era evidente el flechazo que tuvo la primera salida conjunta al campo en la que ella bien pudo disfrutar de lo bien que se sentía junto al galán de las pampas que, en unos años anteriores a los actuales, apenas identificaba y asociaba como tío político, hermano de Félix Artemio; padre putativo y amigo del biólogo.

El otoño se estrenaba y las hojas que caían de los árboles hacían pensar a Zuelo sobre las que tenía que redactar en su libro vital para dar forma a la obra existencial que en forma de proyecto conyugal-familiar nunca hubiera imaginado tan próxima a ser editada.

Hacia fines de ese mes de septiembre de 1959 y teniendo por marco el tradicional desayuno, ámbito y confesionario de pronunciamientos interpersonales, la madre de Zuela le dice a Zuelo: -“¡Habrás que fijar, cuanto antes, una cita con D. Isidoro para tenerlo al tanto de nuestras intenciones y decisiones!”.

Si bien nunca antes había tenido una conversación con el párroco del pueblo, Zuelo tenía por hábito, secundando lo que se acostumbraba, saludarlo cada domingo al concluir el rito semanal, al que frecuentaba desde que había llegado al pueblo y bien sabía que tarde o (más bien) temprano sería quien, en definitiva, oficiaría la misa de esponsales.

El abnegado Zuelo ya era consciente de que sugerencias y/o orientaciones de la madre de Zuela constituían un muro difícil de sortear. Accedió al invite y, de común acuerdo con su prometida, concertaron un encuentro al que no concurrieron, por tareas de labranza, los que serían sus suegros; los padres del novio eran ya difuntos y, por tanto, los únicos padrinos de la ceremonia nupcial. Tampoco asistiría

a la boda la hermana de Zuelo quien, al permanecer en Buenos Aires, habría que resumirle, los precipitados hechos que terminarían provocando en ella un cambio de estado civil tan imprevisto como nunca buscado con quien tampoco nunca hubiera imaginado. D. Isidoro que pasaba por ser el tío del novio anterior de Zuelo, había demostrado inusitado interés por los contrayentes dado el tiempo dispensado y la atenta escucha que mucho impresionaron a Zuelo, llevándolo a comentárselo a la madre de Zuelo, ni bien coincidieron durante la cena.

La mujer castellana, tan bien representada en la madre de Zuelo, conjugaba el matrimonio perfecto entre vocación y misión: siempre ejecutaba todo lo que tenía en mente y también todo aquello para lo que estaba llamada y naturalmente dotada. “Saber casar a los hijos”, era el lema irrenunciable entre quienes representaban un matriarcado tan genuino y muchas no eran las oportunidades y alternativas que rondaran por la comarca. Tampoco eran muchos los candidatos que llegaran al recóndito pueblo y se prodigarán como “disponibles” con tanto aval y reconocimiento de tipo amistoso-familiar. Zuelo representaba ese *rara avis* que, como hijo querido del pueblo y emigrante exitoso, encarnaba el prototipo de yerno y esposo al que no se debía dejar escapar. Y en tal empeño, comprometió toda su energía que no sería poca y fácilmente identificable por quienes la conocían y confirmaban su particular chispa y dinamita para conseguir lo que se propusiera.

Consciente de “cerrar el trato” y hacerlo público, la madre de la novia y ya entusiasmada Zuelo se encargaría de organizar el “ágape de presentación” a parientes y amigos, incluyendo como invitado obligado a D. Isidoro (quien abriría un plazo para las llamadas “amonestaciones”; notificación y recogida de oposición, si la hubiera). Por esa época, el Sr. Cura mandaba mucho (se le reservaba la cabecera de la mesa para ilustrarlo) y no solamente por su labor de emitir “certificados de buena conducta”, exigibles para cualquier trámite oficial, interrumpiendo *ipso facto* cualquier gestión si no se obtenía.

No se esperó mucho la señora y en pocos domingos, luego de consultar disponibilidad con el Sr. Cura, organizó la comida anunciada,

abriendo el acto con una invitación oral (tradicional por esos tiempos), dirigida a todos los presentes participándolos del feliz enlace que tenía ya cerrada la fecha (ignorada por los contrayentes).

El 7 de noviembre era la fecha elegida como día de la celebración siendo el pueblo de San Vitero el municipio escogido como sede de la celebración (templo más amplio que el existente en la aldea familiar), anunciando como menú único los típicos callos (llamados mondongo en ciertos países americanos), hechos a su manera.

Había pocas vecinas en toda la aldea que la pudieran igualar cocinándolos, constituyendo una de las especialidades en las que más se lucía, y que acostumbraba a cocinar y servir en cuenco de barro. Bollería y polvorones se ofrecerían como postre y vino casero en abundancia, para concluir con orquesta (reducida a dos vecinos que tocaban la gaita y la dulzaina, cuya ejecución no estaba al alcance de cualquiera, y en la que Zuelo se lucía, ya desde joven) y baile a seguir en la plaza mayor (única) del pueblo, hasta que se pusiera el sol (en ese mes, hacia las 6 de la tarde).

San Vitero, como sede del Ayuntamiento que agrupaba a los cuatro pueblos circundantes poseía vestigios de su pasado árabe y romano, destacando más el último evidenciado por el “verraco”, que aún se conserva en buen estado a pie del templo parroquial del centro del pueblo así como la ermita del Cristo del Campo, erigido promediando el siglo XVIII y que, durante dos días al año; el 19 de marzo y el 19 de septiembre convocaba la mayor romería de la zona. En tal romería se daban cita tratantes de ganado, comerciantes que exponían productos de lo más diverso y familias visitantes, vinculadas con los vecinos de la comarca, que se trasladaban desde sus aldeas de residencia para actualizar relación y trato, siendo presentadas a los nuevos nueras, yernos y nietos que desconocían al no haber asistido a sus respectivas bodas y/o bautizos, respectivamente².

² Tanto en la aldea de la que provenían nuestros emigrantes (San Cristóbal de Aliste), con sus famosos curanderos (Domingo y Simón como los más ilustres en tales años, continuadores de sagas familiares con

A Zuelo le quedaba casi un mes para contraer el deseado enlace y otro para regresar a su país adoptivo y, en semejante vértigo, gastaba su tiempo asumiendo que ya nada sería igual. Se debatía entre el entusiasmo que todo cambio de vida supone y el respeto que todo ello imponía, consciente de que no solamente se casaba con quien pasaría a ser su Sra. Esposa.

Modista y sastre fueron los interlocutores de excepción de la “flamante pareja” y las cuatro semanas restantes sumieron como un puñado de arena de entre las manos. Sin embargo, protagonistas e invitados se veían también, casi a diario, y pocas nuevas caras se aguardaban haciéndose todos, con el paso de los días, una idea de que la pareja estaba ya proclamada y “socialmente” aceptada.

Y llegó el día... para cumplir con el trámite. La habitación del matrimonio había sido ya adecentada pero, como era de esperar, no habría “estreno formal” hasta que todo transcurriera, según guion previsto (y costumbres vigentes), tras la bendición esperada del Sr. Cura (que impartiría D. Isidoro, oficiante y amigo de la familia) e intervención continua de la madre de la novia que “supervisaba” todo, sin que se le escapase detalle.

idénticas artes) como en la citada San Vitero (sede hoy de la denominación “Ternera de Aliste”), se daban las condiciones (eufemismo de adversidad) necesarias para que surgieran notables emprendedores. Se citan dos, con destacada progresión y trayectoria; entre muchos otros: D. Ignacio Martín Poyo, profesional reputado en psico-sociología, con pocos años por esas fechas, decidió emigrar a Francia cuando iniciaba su adolescencia para hacer la vendimia y recoger fruta cuando la campaña concluía. Con las pagas derivadas de su ingente esfuerzo, temporada tras temporada, financió sus estudios universitarios, doctorándose en la Sorbona, en el París de 1968. Ignacio, a su regreso, sería el padre de la psicología humanista en España y uno de los responsables, junto al psicólogo americano de origen chileno, Claudio Naranjo (residente en California), de introducir la terapia Gestalt en territorio español; D. René Lorenzo, huérfano de padre, su madre lo encomendó al Padre Jesús Silva Méndez, sacerdote católico que crearía en la década de los 60’ la “Ciudad de los Muchachos” en la periferia de Ourense, pionero al crear el circo-escuela de nombre homónimo y ser junto al de Moscú, precursores en prescindir de animales y cuya vigencia se extendió hasta el mismo cambio de siglo. Durante sus giras por la mitad del planeta, cada integrante se iba educando mientras contribuían a generar los recursos suficientes para financiar tan innovadora cruzada educativa. Luego de concluir estudios secundarios, dejó el Circo y se radicaría en Canadá (no sin antes conocer a su mujer, con la que coincidió trabajando en el Club Med), país en el que contratado por una bodega se adentraría en el mundo del vino, profundizando en sus secretos, poseyendo hoy una gran extensión en la que se elaboran caldos propios de amplia aceptación. (N.A.)

Todo salió a pedir de boca y la “noche de boda” fue, como era de suponer, en la misma casa de Zuela, y discurrió en la habitación principal (había solo una y las demás alternaban su uso con el de almacén de legumbres que se guardaban en la planta alta, para secar y distanciarlas de posibles depredadores) que acostumbraban a utilizar sus padres, como muestra de reconocimiento y demostración de la importancia del hecho acaecido.

Las semanas que restaban para la partida de Zuelo pasaron rápidamente hasta que la evidencia de celeridad quedaba también demostrada al mes siguiente ante la “falta de regla” de Zuela. Días después les sería confirmado que para agosto de 1960 la estrenada pareja podría exhibir la paternidad que Zuelo ya dejaba firmada.

El emigrante pertenece a una raza aparte. Quizá a esa que lo vincula a otro que, aunque pudiera nacer en un país diferente al de residencia, los une la conexión que establecen quienes quieren salir adelante a pesar de las circunstancias que le estigmatizaron y terminaron condicionando un determinado estilo de vida, solo al alcance de quienes no se conforman, con lo que encuentran al nacer.

Faltaban ya pocas semanas para la conmemoración de la pascua de Navidad y la celebración de su 36° cumpleaños fue la última verbena que compartió junto a sus amigos, familia y estrenada esposa. Ya comenzaba a cambiar sensaciones: sentía próxima a Buenos Aires; a oír música de tango y a oler a yerba mate; a imaginar carne asada al aire libre y a pampa eternamente deshabitada que seguía llamando a quienes quisieran hacerse con ella. Como quien quisiera desandar el camino recorrido, se montaba el mismo día que celebraba su primer mes de boda, en el navío denominado Cabo San Vicente que, tras poco menos de tres semanas, lo llevaría desde la costa pontevedresa de Vigo a la rioplatense de la llamada “Reina del Plata”. El viaje ya no sería como el primero, que había protagonizado hacía ya más de una década aunque fuese tan incierto en lo afectivo como antes lo había sido en lo económico; más solitario si cabe, cuando antes tenía a su hermana por confidente y ahora fuese el mar quien le ofrecía su escucha.

¿Cómo le afectaría la soledad a un hombre ya casado, camino de la paternidad? ¿Qué le pasaría por la cabeza a ese ya sosegado adulto que, en los meses que restaban hasta el reencuentro debería buscar casa y sustituir a su hermana por esposa y suegros?

Muchos interrogantes que no propiciaban, por el momento, ninguna respuesta. Muchos días de navegación aunque poco tiempo para que un cruce oceánico pudiera despejar tanta incertidumbre y dilucidar tantos otros complejos temas y cuestionamientos heredados.

Cientos de familias se daban cita en el barco, casi todas con hijos; una gran mayoría hacían el periplo por vez primera sin expectativa de fecha cierta para el regreso que, en muchos casos, no se daría nunca. Cambiaba la década y los 60' traían la música rock y un nuevo estilo de vida consagrado por un hipismo y bohemia rampante. Quizá, muchos de ellos, tendrían que asumirlo sin más tiempo que componer una propia partitura que solamente los más osados y atrevidos estarían en condiciones de ejecutar sin temor a desafinar.

Aunque formalmente estuviera casado, un año tendría por delante para traer a su familia a la vera del Río de la Plata, así como desplegar la logística necesaria para dar acogida y cobijo a quien sería la madre de sus hijos y correspondientes padres; cuñada y hermano mayor, como se viene diciendo. Aunque meses antes de que el reencuentro familiar se materializara una inesperada noticia haría mella en su ánimo. En agosto de tal año de 1960, fecha en la que salía de cuentas Zuelo, y por hechos que aún hoy; casi 60 años después siguen sin aclararse, se le comunicó epistolarmente que una niña llamada a ser la primera hija del matrimonio, dada a luz el día 20 de aquel mes estival, moría ni bien se producía el alumbramiento. Se hubiera llamado Lucía, como la hermana dilecta de Zuelo.

A Zuelo no solamente le parecía contradictorio seguir solo a pesar de su estado civil sino que su ilusión de volverse padre se desvanecía ante la impotencia de verse respondido a sus más que sentidas preguntas: –“¿Por qué? ¿Qué fue lo que pasó? ¿Había alguien que nos quiere hacer daño? ¿Quién es el responsable para dar las explicaciones que las lágrimas sustituyen? ¿Qué tendríamos que haber hecho para

depurar las responsabilidades entre quienes no supieron atender debidamente a mi mujer para que diera a luz sin consecuencias?”.

La intuición de Zuelo de que algo raro había sucedido se confirmaría décadas después. Hace unos años la familia tomó conciencia del hecho, al verificar que a la constancia del fallecimiento no le sigue el correspondiente entierro, lo que hizo que buena parte de la familia exclamara: -“¿Otra hija robada en España y nos toca a nosotros? ¿Por qué nos han engañado y obligado a vivir en la ignorancia de saber que una hija que imaginábamos muerta y que, quizá, nos estuvo necesitando, y nosotros de brazos cruzados sin poder ayudarla?”.

En conversaciones en las que la madre de Zuela (discretamente, debido al lógico pudor por hechos que nunca se aclararon y tras décadas después de la desgracia), “soltaba prenda” y dejaba caer impresiones. La cuestión fue que su hija; una joven mamá de 23 años ingresaba al centro médico, acompañada por ella, no supo afrontar las preguntas que formulaba quien tenía a su cargo clasificar a la gente como si fuese ganado. Docta en teología, pero carente de toda psicología, penalizaba y condenaba a las madres, “supuestamente” solteras de la época: -“¿Dónde está el padre de la criatura, hija mía? ¡Has estado muy inocente! y se han aprovechado de tu ignorancia. ¿No recuerdas bien con quién has estado? Pecamos por creer en las intenciones y caemos en las tentaciones y ello nos condena. ¡Ya veremos qué hacer ante tan grave ofensa a ese Dios tan justo que quiere lo mejor!”.

La respuesta propia y esperada de quienes interpretaban la voluntad divina por aquella España oscura y confesional (en la que ciertos “enviados” actuaban como agentes divinos, al “ofrecer” los hijos concebidos por humildes familias al mejor postor o amigo próximo que, generalmente, coincidían) impidió que el nacimiento llegase a buen término y que en el embarque hacia Las Américas de madre y abuelos se hiciera presente el dolor, como pasajero no invitado. De nada valió explicarle en detalle el casamiento habido y el regreso temprano de Zuelo para buscar y adecuar casa y condiciones para la familia cuando la decisión había sido tomada por inescrupulosos intermediarios provo-

cando que la pobre Lucía hoy se encuentre en paradero desconocido y sin indicios de saber cómo se podría dar con ella.

Con el paso del tiempo, y a pesar de que Zuelo como Zuela cayeran en la cuenta del supuesto delito, descartaron interponer la querrela correspondiente pues el médico interviniente vivía aún en la comarca y no deseaban alimentar conflictos cuando la vida prácticamente se consumía irreversiblemente para todos los protagonistas: implicados y afectados.

Zuelo tenía un nuevo motivo para angustiarse y anhelar; aún más, si cabía, el reencuentro con su familia cuya llegada no terminaba de confirmarse. 1960 sería elegido como año sabático (ante el cambio de escenografía y coreografía), no solicitado. El proyecto familiar comenzaba cuesta arriba y convertirse en alpinista no era ya una opción para afrontar esta nueva fase de su empinado derrotero americano.

En todo ese año, Zuelo no pudo hablar más que una vez con Zuela: el único teléfono estaba a unos 5 km de la casa familiar (en el bar-despacho de bebidas del Sr. Joaquín) y cuadrar una conferencia por el desfase horario con la República Argentina y dificultades técnicas era una tarea de titanes haciendo que el diálogo se espaciara irremisiblemente.

La llegada y reincorporación, según había pactado con el Sr. Calvo, suponía reemplazar paulatinamente a quienes temporalmente habían ejercido su puesto, tanto en el hotel del barrio de Flores (al que acudía por las mañanas) como en el de Balvanera (vecino a la casa del popular Carlos Gardel; cantante de tango, de origen francés, conocido como “El zorzal criollo”, hoy reconvertida en Casa-Museo).

En la misma zona se localizaba el tradicional mercado de abastecimiento de la ciudad, llamado precisamente “Del Abasto” –lo que sería Mercamadrid, en la capital de España–, sobre la misma avenida Corrientes, hoy transformado en un moderno centro comercial; en el cual, concluía su trajinada jornada, casi a punto de romper la medianoche.

Por cierto, desde allí y atravesando la plaza del Once o Miserere, se llegaba al *Centro Zamorano de Buenos Aires*, cuyas comidas mensuales programadas cada último domingo de mes casi nunca se perdía y

animaba a todas sus amistades a que lo acompañaran. En tales banquetes, mataba nostalgia al reencontrarse con muchos paisanos de la comarca con quienes, llegados antes o después que él, intercambiaba noticias sobre familia y vicisitudes de su tierra.

Transcurridos ya casi diez meses de su regreso de la madre patria, reunió coraje para informar a su hermana de la decisión de independizarse (y, dolorosamente, desapegarse también de ella, tomando la debida distancia ante la llegada de su flamante familia), disponiéndose a sacar tiempo para alquilar una adecuada vivienda que pudiera albergar a su mujer y suegros propiciando el confort necesario para los cuatro adultos previstos; él incluido.

De los visitantes, desconocía a dos de los tres y, confesaría luego, que nunca hubiera convivido con los padres de su mujer, sino hubiera sido condición impuesta por su suegro (que no dejaba de ser hermano mayor, y que tantas veces se lo recordaría) con el que había convivido en el hogar familiar. En realidad, los hermanos no habían dialogado lo suficiente, durante los años que mediaron entre su nacimiento e inicio de su etapa como emigrante, hacia 1948. Con el tiempo, pudo ir comprobando que su talante pasaba por ser diametralmente opuesto. Trece años los separaban y una dolorosa Guerra Civil en la que Zuelo no había participado, aunque los dos sabían que se necesitaban y debían dejar de lado químicas distintas y apetencias personales. Quedaban poco más de dos meses para el día 28 de diciembre, fecha finalmente confirmada: ¡Día de inocentes y también de inocentadas! Zuelo no contaba con tiempo de reparar en santorales ni dichos populares que lo alejaran de sus prioridades más inmediatas y perentorias.

El afanoso emigrante estaba totalmente abocado y comprometido a erigirse en noble anfitrión de su nueva estructura familiar. Se estrenaba en las virtudes que adornan a un digno dueño de casa que recibe a tan dilectos parientes con los que ejercería y simultanearía variados roles: esposo y yerno; como principales, aunque no menos importantes otros, más implícitos: tío de su mujer, cuñado de la suegra y hermano menor de su suegro. Finalmente se hizo patente el viejo adagio que pudo gritar a los cuatro vientos: -“¡Quién la persigue, la consigue!”.

Una oportunidad inmobiliaria se le presentó ante una sucesión en la que el conflicto entre hijos supuso una disminución importante del precio para permutar alquiler por una compra y cerrar una operación que aún no se creía. El codiciado inmueble se situaba en una arteria arbolada y tranquila, muy próxima en la que residían sus tíos y en la que aún permanecería unos años más, hasta contraer nupcias, su entrañable e incondicional hermana.

Con insignificantes gastos que se reducían a compras esporádicas de alimentos en los mercadillos municipales, llamadas ferias ambulantes, habituales por aquel tiempo, que solían instalarse dos veces a la semana, el doble ingreso derivado de dos empleos se iba convirtiendo en creciente ahorro. Tan favorables números, fueron los que le permitieron concretar la posibilidad, por primera vez en su vida, de convertirse en propietario de una más que confortable casa, tan merecida como deseada dado el esfuerzo acumulado. El citado inmueble se correspondía con una vivienda de aproximadamente 150 m², construidos en una parcela de unos 800, y que estaba situada en la calle De Moussy (Villa Lynch, distrito bonaerense de San Martín) en honor del naturalista y geógrafo de Angers, de nombre homónimo al del distrito (Martín, por nombre).

Dicho caballero de origen francés, Martín de Moussy, invitado en tiempos del presidente Urquiza (Justo José de), llegó a la Argentina promediando el siglo XIX, siendo contratado para redactar una magna e inédita obra (tras 20.000 km de viaje y relevamiento³, documentación y pausada redacción e ilimitada paciencia con la burocracia tempranamente instalada) que vería tardíamente la luz teniendo por título: *Descripción geográfica y estadística de la Confederación Argentina*. Pasaría siglo y medio hasta tener traducidos al castellano, hacia 2005, todos los volúmenes en los que se distribuía el encomiable trabajo de búsqueda y exploración hecho por el Profesor de Moussy y que ningún otro geógrafo nacional hubiera podido sacar tiempo para actualizar y ampliar, si cupiese.

³ Evaluación de un terreno para analizar sus características. (N.E.)

Todo lo dicho, para no omitir la falta de eficiencia administrativa que crecía proporcionalmente con el paso de los años ante el derroche y despilfarro que se hacía de los ingentes fondos que acumulaba el Estado por la bonanza cerealera ante una coyuntura internacional plagada por los conflictos bélicos que se registraban en Europa. Y tales excedentes dinerarios eran alegremente distribuidos entre los allegados al poder quienes acudían como moscas a la miel prestos a desempeñar los numerosos cuadros que reclamaba la función pública y clamaban los ciudadanos. La oferta para ocupar puestos en la Administración no se detenía multiplicando exponencialmente el número de funcionarios cuya nómina dependía de las ubres estatales. Aunque era evidente la creciente producción de granos nadie sabía a ciencia cierta cuánto duraría. En los mejores años se llegaba a tres cosechas para sorpresa de los residentes europeos en el país que no daban crédito a tanta riqueza que, sin lugar a duda, hubieran echado de menos sus antepasados y allí se dilapidaba. “Dios le da pan a quien no tiene dientes”, era el refrán que muchos pensaban y que pocos pronunciaban.

Zuelo era de los que lo confirmaba lo afirmado en silencio pues la deuda afectiva con el país de acogida era superior y pasaba por alto aludir a tanto derroche y tan poco sentido común. Había tomado el creciente hábito local de abstenerse en criticar: sabiduría en ciernes, ante hechos que vislumbraba irreversibles. Como ya lo había podido comprobar en su puesto de empleo público (Zuelo había desempeñado tareas de camarero en un hospital municipal, como ya se dijo) el organigrama local, provincial y ministerial se ramificaba sin que nadie tuviera el coraje de poner límite a semejante distracción y solapamiento de tareas y funciones.

La tendencia citada se había iniciado hacia 1930 con la fusión de las tres centrales obreras existentes (socialista, anarquista y comunista) dando lugar al nacimiento de la archi-poderosa central obrera argentina, llamada CGT (Confederación General del Trabajo) que inducía al gobierno y empresarios a la creación deliberada de puestos de trabajo, fueran o no necesarios.

El empleo público y también el privado se multiplicaban expo-

nencialmente ante la generalización de transacciones pero también por el pago político en forma de empleo que venía a compensar la militancia comprometida que había traído el peronismo desde su llegada al poder. Hasta dos ministros (Interior y Relaciones Exteriores) llegaron a situar los delegados sindicales en gabinetes peronistas.

Durante los siguientes años, la tendencia no tendría marcha atrás atravesando períodos de tiempo en los que la CGT aparentaba controlar (cobrando así su peaje por ser decisivo el voto obrero en cada contienda electoral) el mayor conglomerado político contemporáneo fundado en la República Argentina. Con los años se convertiría en fenómeno permanente de estudio, aunque las tesis sobre el tema disten mucho de coincidir en la caracterización de su éxito.

La casa de Zuelo constaba de tres habitaciones en una sola planta, dos baños y con vistoso jardín pendiente de acicalar, en el que un viejo chopo monopolizaba el espacio poblando de sombra la superficie que lo constituía. Muchas tardes-noches, a pesar del cansancio acumulado por la jornada, invitaban a Zuelo a pasearse por esa casa que más que pertenecerle por derechos adquiridos, sentía como extensión de su misma identidad. Así pues, a escasas semanas de la Navidad de 1960, Zuelo podía presumir de capitalización inmobiliaria que se producía en un momento inmejorable y oportuno donde los hubiera: “Cuando te permites lo que mereces, atraes lo que necesitas”, decían por la vieja Castilla, y Zuelo lo estaba confirmando.

Doce años habían transcurrido de su llegada, junto a su hermana, y ya podía ver justificada con creces su audaz apuesta de “hacer Las Américas” y beneficiarse de unas posibilidades con las que no hubiera podido contar nunca en su querido pueblo zamorano. Su vida le había puesto desafíos mayores y él había demostrado que era capaz de afrontarlos.

Contento pues de haber recibido (auto-obsequiado), por primera vez, un “regalo navideño” se disponía, con el apoyo incondicional de su hermana, de comprar mobiliario y menaje que cubriera las necesidades básicas que demandaría su familia política. No obstante, se abstenía de pernoctar en la “nueva residencia” hasta no poder hacerlo con su familia.

Dormitaba como podía, sin dejar de padecer su tradicional insomnio, llegando finalmente al último día en el que debía despedirse de su hermana y tíos. Se disponía a pasar página a una larga temporada de ahorro y penurias que conducía a una mudanza de residencia, hábito y costumbres que inauguraría un nuevo ciclo, precursor de familia, paternidad y muchas otras cosas que no podría nunca haber vislumbrado.

Luego de permanecer semanas pensándolo concluía en que daba la bienvenida a su familia con la satisfacción de presentar una más que decente residencia. Vivienda que podía competir perfectamente con la casa que Zuela y familia abandonaban temporalmente en el pueblo zamorano al que se veían obligados a dejar por una causa de fuerza mayor; en este caso, más afectiva que económica, al secundar a la hija que se emancipaba. Y como el ansioso que no se contiene ante el fruto maduro a punto de caer, el día D llegó por fin, y temprano se despertó, sin apenas haber pegado ojo, para coger el tranvía que unía la periferia occidental de la ciudad con el mismo centro. La línea de tranvía (vetusta pero aun operativa) lo llevaría directamente desde el barrio que residía hasta la misma dársena del puerto de Buenos Aires.

Había llegado con la suficiente antelación para ir saludando a todos los amigos y paisanos que se habían dado cita como testigos de excepción de tan magno acontecimiento. Pasados unos minutos de las 7 de la mañana, una nave bautizada con nombre y apellido: *Alberto Doder* (propiedad de la naviera argentina de apellido homónimo) con casi un millar de esperanzados emigrantes, ingresaba a la dársena asignada. El navío mencionado traía a bordo a su esposa, junto a quienes “se infiltraron”, siendo esa la condición implícita para ver la operación “con buenos ojos” consistente en autorizar nupcias con un joven Zuelo (37 años, recién cumplidos).

Trasuntando entre la emoción y la conmoción, se reconocía muy contenido, aunque mascullando lo que había logrado a esa fecha, ajustado a lo que fue siempre su impecable ética y responsabilidad correspondiente, cuyo ejercicio siempre había tenido a gala.

Se reconocía persuadido y convencido de poseer la suficiente ilusión y sosiego para sacar adelante su proyecto familiar a pesar de tener que convivir

con sus “padres políticos”. Tenía muy presente que dejaban España y Castilla por vez primera cruzando el charco sin haber cruzado antes los más cercanos Pirineos, ni mucho menos otras provincias ajenas a la que les vio nacer.

La noticia de la llegada, debido al carisma e influencia de Zuelo, había corrido como la pólvora entre parientes y emigrantes de la misma comarca, residentes todos en Buenos Aires. Muchos se dieron cita, como se dijo, y los que no habían podido se pasaron en días siguientes por la casa del amigo.

Buenos Aires (y el mundo) estaban despidiendo la década de los 50', tras una bonanza económica (no palpable a nivel mundial) pero que se veía desacelerar, recibía una nueva década e incierta, que se estrenaría con nuevas autoridades. La presidencia del Dr. Arturo Frondizi (1958-1962); el primero que intentó revertir el repelente populismo instaurado por el Gral. Perón, preconizaría una primera industrialización del país y una primera fase de desarrollismo económico asociado, impulsados casi en exclusiva desde la órbita estatal al tomar distancia de la Unión Cívica Radical (UCR), de la que había desertado. La orientación desarrollista se correspondía con una tendencia internacional hacia la contratación de grandes proyectos (infraestructuras, principalmente) instigada por las grandes potencias de la época (Norteamérica, Alemania, Francia, Japón e Inglaterra, como principales promotores) que ejercían el doble rol de proveedores industriales y financieros a la vez de irse perfilando, a cambio, en mercados finales de consumo de productos agro-ganaderos; en los que Argentina basaba su (único) poderío. Los llamados países subdesarrollados estaban llamados a secundarlos más por el interés de no desairar a los mayores compradores en la región de carne, granos y cereales que por afinidad ideológica y convicciones inherentes. Con el tiempo, todos aquellos serían identificados e internacionalmente reconocidos como países del Tercer Mundo, siendo artífices y piedra angular del movimiento No Alineado que co-lideraron, durante las décadas de la denominada Guerra Fría, el Mariscal Tito, desde la antigua Yugoslavia y Fidel Castro, desde la mayor de las Antillas, quienes se alternaron en la presidencia e influencia.

En Argentina, las políticas desarrollistas fueron alentadas desde 1958 por el presidente, D. Arturo Frondizi (como ya se dijo) y no se extendieron más allá de la legislatura que terminó en 1962. Su mano derecha en cuestiones económicas, el Dr. Rogelio Frigerio (un descendiente es hoy ministro del presidente Macri), colíder junto al presidente Frondizi del llamado movimiento desarrollista nacional, semilla del Partido Desarrollista que, a pesar del entusiasmo inicial de sus promotores, nunca más tuvo oportunidad de ser alternativa gubernamental. El Dr. Frondizi fue derrocado, confirmando esa lamentable tendencia, por un movimiento militar que impuso al presidente del Senado; un civil de origen radical y que tras una breve transición convocó elecciones de las que salió elegido el Dr. Arturo Illia. Este era médico rural de sobria presencia e impronta austera que aun todo el país recuerda por la excepcionalidad del hecho. Sería el último presidente de extracción radical, previo al Dr. Raúl Alfonsín, que no alcanzaría el poder hasta 1983 (primer dirigente electo, tras el fiasco de la Guerra de Malvinas de un año antes). Tras alternarse varios ciclos de dictadura militar, el peronismo había vuelto al poder democráticamente en 1974 (al decidir abandonar su líder natural la residencia que durante casi dos décadas ocupó en el distrito madrileño de Puerta de Hierro, cedida cortésmente por el Gral. Franco), luego de innumerables golpes de estado promovidos por militares que no se resignaban a perder el control del país.

Quizá, la moda que se impuso entre los militares de no pasar desapercibidos, la había iniciado un camarada del Ejército de Tierra, como lo era el Gral. Perón. Quizá, la propagaba la determinación corporativa en emular los pasos de un “compañero de armas” que había dejado huella indeleble en la historia reciente del país y muchos de los que le sucedieron, no estaban dispuestos a ser menos. El panorama político argentino venía condicionado, desde los 40’, por la estrella emergente y ascendente de un ambicioso militar, llamado Juan Domingo Perón. Hijo de padre desconocido, aparentemente italiano, nativo de la isla de Cerdeña (Prof. Aldo Brigaglia, Cágliari, *dixit*); en ese entonces con rango de Coronel, se mostraba dispuesto a redimir adversidad

vital y evidente carencia afectiva previa, reconvirtiéndose en político al calor de la Revolución de 1943, aceptando ser nombrado vicepresidente, a cargo de la secretaría de Trabajo y Previsión. Consciente de su escaso tirón social orquestó un segundo matrimonio con la inefable Evita (que conoció en un estreno teatral en la que asistía como público), residente en la capital, en la que apenas sobrevivía. Procedía de una familia desestructurada que habitaba en una zona rural castigada que abandonó antes de cumplir la mayoría de edad, camino de la gran ciudad. Lo dicho, hizo que muchos de los que representaban las capas sociales más carentes se vieran representadas por ella que buscó por todos los medios corresponderles solicitando crear una oficina a tal efecto, en la que se registraban más pedidos de limosna que de puestos de trabajo. El Gral. Perón se vio beneficiado por la popularidad de su joven esposa y resultó ungido y refrendado (primero en ser electo por voto universal siendo el único en la corta historia argentina en ser elegido presidente en tres períodos diferentes). Cautivó a las masas al propugnar y ver concedido por el parlamento de la época dos cuestiones trascendentales en el devenir político del país: el derecho a voto de la mujer, en un país machista por antonomasia, y la promoción del movimiento sindical como representante de la clase obrera. Fueron, en efecto, los sindicatos, los auténticos valedores electorales y germen del movimiento peronista (una fracción había fundado con el Gral. Perón el Partido Laborista), articulados en torno a la monopólica corporación obrera, denominada CGT (Confederación General del Trabajo, como ya se definió); de la que fue muchas veces rehén y correa de concesión de favores y prebendas.

Todo lo descrito marcó a fuego el ritmo del joven país, y también del joven Zuelo, siendo tal central obrera el motor del triunfo político en años posteriores y que, hoy aún, pasa por erigirse en un cuerpo de vital influencia sobre la masa de votantes, no necesariamente asalariados, ni mucho menos afiliados al que daría en llamarse partido Justicialista (otrora, movimiento nacional peronista). Valga lo dicho para que Zuelo, en un raptó de originalidad y poesía, se dijera cuando acababa de recoger a quienes serían su clan familiar, recién estrenado:

-“Confío en que mis padres políticos no sean para mí lo que lo sindicatos están siendo para el peronismo”.

EL RETO DE *HACER LAS AMÉRICAS* EN PLAN FAMILIAR

El tiempo de viaje que mediaba entre el puerto de Buenos Aires y el barrio de Villa Lynch (Distrito de San Martín), área en la que se localizaba la casa que Zuelo venía de comprar, oscilaba entre hora y hora y media. Y el trayecto se le hizo tan largo como llegar desde su pueblo zamorano al puerto de Vigo, cuando su distancia real la triplicaba. La tensión y cansancio acumulados durante los días previos a la llegada de su esposa y suegros le habían restado tiempo para darse cuenta de los hechos. Fue duro también, verse impotente para hallar el espacio e intimidad necesarios que Zuela le reclamaba después de tan largo viaje. Peor fue ir confirmando que, a pesar de intentarlo, no podían hacerlo, dilatando el deseo de satisfacer la expectativa legítima de su esposa de desahogarse al compartir y ser preguntada por los pormenores que rodearon el alumbramiento fallido. Tal situación imprevista y nunca imaginada supuso para Zuelo ser reprendido en público por su mujer, que sería la primera aunque no la última. En este caso, encontraba por motivo la impotencia justificada que representaba para ella no tener diálogo con su marido y compañero, más allá de profundizar sobre la pérdida de una criatura; situación que debe suponer para toda mujer, un dolor difícilmente comparable con algún otro.

Zuelo había aprendido ya muchas lecciones pero, lamentablemente, con la asignatura que le traía su mujer no estaba para nada familiarizado. Le había hecho mella no haberse visto acompañada físicamente por su marido cuando rompió aguas (el sentimiento aún le escocía). Nunca imaginó tampoco tener que salir imprevistamente, junto a su madre, en dirección al hospital provincial (a 80 km de su pueblo) ante las complicaciones que había vaticinado “quien hacía de médico” y tenía nombre de emperador, aunque residente en la vecina localidad de San Vitero. Y, llegado el momento de reencuentro con quien era ya su esposo, que siempre había anhelado desde que se despidió de él hacía casi un año, no se daba en las mejores condiciones pues no era escuchada

ni mucho menos preguntada. La llegada familiar le estaba resultando agridulce y el estreno americano no se correspondía con la empatía emocional que era de esperar del Sr. Zuelo, tan progenitor como ella de la desafortunada criatura. El “adonde fueres haz lo que vieres” no era consejo conocido por quien era su mujer y por quienes la acompañaban. El aterrizaje no estaba siendo tan suave como era de esperar y la prudencia del “aporteñado” zamorano, con una década de residencia en la ciudad argentina, volvía a ser reclamada para apagar los primeros fuegos. Se producían mucho antes de lo que hubieran sido deseables y de lo que cualquier avezado bombero pudiera haber pronosticado. Zuelo asistía atónito a lo que presenciaba que iba superando con creces el escenario más surrealista que nunca pudo haber imaginado en su azarosa vida.

Entre las multitareas que había asumido sin aviso previo, estaban las siguientes: a) instruir a los integrantes de la casa para recoger temprano la leche que distribuían a domicilio sin tener que ordeñar la vaca que ya no pastaba por las cercanías; b) persuadir en el uso de la vajilla de acero inoxidable ante el reclamo de los materiales hechos de barro/arcilla con los que estaban familiarizados; y c) contribuir a la adaptación de los miembros de la casa en general y en la sustitución de radio por televisión blanco y negro que venía de adquirirse.

“Conocimiento no es lo que se recuerda sino lo que no se puede olvidar”, decía por China el maestro Confucio, e ignoramos, si Zuelo lo habría leído en América cuando, día tras día, iba ganándolo ante situaciones en las que sus emociones eran sometidas a desafíos no previstos y agudas tensiones nunca antes experimentadas. La integración deseable y la necesaria convivencia eran monstruos que pisaban fuerte y dejaban huella en el paisaje diario de Zuelo, suponiendo para él todo un reto en la perseverancia que conllevaba iniciar y mantener una relación “para toda la vida” (según credo y convicción) con su flamante esposa y estrenada familia política. Lo curioso del caso es que las rencillas y puntos de vista encontrados no surgían de aspectos económicos (como luego se explicará) que, muchas veces, son los que más mellan un relacionamiento y socialización incipiente. Apuntaban más al enfoque pueblerino y falta de experiencia en frecuentar y tratarse con quienes no se han

criado con uno y, por ende, no manejan las mismas claves y códigos. La venta de ciertas propiedades en su terruño natal ayudó a financiar el coste del traslado y también permitiría a la familia de emigrantes recién llegados aportar un monto respetable de efectivo con el que Zuelo no había podido contar cuando decidió emigrar, junto a su hermana, una década atrás.

La situación descrita agilizó la colocación y posicionamiento sociolaboral y empresarial de Félix Artemio al permitirle asociarse con otros paisanos, ya instalados en la ciudad, con los que finalmente acordó comprar una respetable casona (la primera de otras tres). Se proponían rehabilitarla con el objetivo de transformarla en una residencia de tipo colectiva (hasta una decena de personas llegaría a caber en cada habitación, en la que se situarían las cinco literas que se ponían a disposición de los futuros clientes). Tales propiedades (precursoras menos exigentes de lo que hoy podría ser la modalidad promovida por Airbnb para turistas y visitantes) obedecían a una creciente tendencia (en una urbe que no paraba de crecer) ante la escasez de hoteles económicos que pudieran afrontar quienes llegaban desde el interior del país. El tipo de alojamiento señalado, alternativamente, estaba destinado a satisfacer la demanda que tenía su origen en los familiares de pacientes residentes en provincias menos desarrolladas ante una urgencia médica de sus seres queridos. Tales traslados eran programados tras concertar cita con los médicos especialistas que, inexorablemente, optaban por ejercer su labor en los hospitales más reputados, radicados en la capital del país.

Dos años llevaba radicada con sus padres en el país de acogida cuando Zuela anunciaba al resto de familia que volvía a estar en estado de “buena esperanza” (un niño “arco iris”; el que llega a una familia tras un parto fallido). Apuntaba a que fuera varón, según cotilleos de las primeras amigas de la futura mamá, especializadas en pasar el tiempo y, en este caso, interpretar el perfil de la tripa (panza, según el término utilizado en Argentina). El futuro hijo/nieto terminaría haciendo las delicias de Félix Artemio (no había estrenado aún paternidad y ya pasaba la cincuentena) debutando como abuelo putativo. Añadiría tal título al de padrastro de la progenitora y guardián de la continuidad de una prole que,

junto a su hermano Zuelo, debía crecer en calidad pero también en número. Perpetuar el apellido era un imperativo ancestral y cultural del rincón castellano-zamorano del que procedían.

La fase de embarazo tuvo sus complicaciones y Zuela tuvo que permanecer ingresada el mes previo al parto, atendiendo indicaciones del profesional interviniente (médico al que Zuelo sirvió diariamente desayuno y almuerzo mientras prestaba servicios de camarero en el hospital municipal). Con el citado ginecólogo, seguía manteniendo una entrañable amistad convirtiéndose en su primer amigo argentino y vivo recuerdo del empleo que sucedió al frustrado paso por la empresa tabacalera del Sr. Calvo. Finalmente, todo llegó a buen puerto y en mayo de 1962 veía la luz Alberto-Miguel (era habitual por allí poner dos nombres y solo un apellido; el del padre). Resultaba contrario a lo que sucedía por Brasil, país en el que resultaba más fácil localizar e identificar a la madre para apellidar al crío que llegaba al mundo.

En el caso que nos concierne, el primer nombre fue elegido por quien sería su madrina (hija de Dominga y Domingo, matrimonio que acogió inicialmente a Zuelo y hermana) mientras que el segundo fue escogido por el padrino (sobrino de Zuelo; hija de su hermana mayor que llevaba ya unos meses en el país), que se había convertido en un hijo más hasta que se emancipó casándose con otra alistana cuya elegancia y belleza desafiaban el dicho por el que se reconocía a su aldea (Fradellos: “Pocos y feos”).

El padrino en cuestión había sido recientemente contratado como cocinero en el último hotel que había inaugurado el Sr. Calvo en el barrio de Constitución (próximo a la plaza y estación férrea homónima, desde la que partían los convoyes hacia Mar del Plata, Patagonia y resto de destinos australes del país). En el hotel aludido, Zuelo había sido promovido, por primera vez en su carrera (la hospitalidad había sustituido a la hostilidad que supuso su desembarco), a Jefe de Recepción, teniendo que ampliar su ya dilatada jornada; lo que le impediría continuar en los dos empleos que acumulaba. Como la propuesta provenía del mismo empleador que alentaba la carrera del joven hotelero, se pudo conciliar adecuadamente. Zuelo, como profesional hostelero ya convencido,

experimentaba mucha satisfacción pues lo estaban transfiriendo a un establecimiento de categoría superior y de mayor relacionamiento social, por estar próximo a oficinas de laboratorios, PYMES y corporaciones multinacionales y al edificio de lo que era Canal 13, cadena privada de TV, pionera en el país, con creciente audiencia y retransmisiones a la totalidad del territorio nacional. Directivos de tales grupos eran habituales comensales del restaurant del hotel, muy solicitado en la zona.

Zuela tuvo que permanecer unos días adicionales en el nosocomio en que dio a luz, exhibiendo un cuadro de permanente llanto, siendo derivada en los días subsiguientes al servicio de Psicología del centro para tratar lo que la ciencia médica da en llamar depresión postparto. Fue así que con el paso de los meses, la madre de Zuela, pasó a tener mayor protagonismo, si cabe, en las tareas derivadas del cuidado del niño, a saber: cambio de pañales de tela (sujetos a lavado manual diario), preparado de biberones y otros menesteres característicos que le devolvían el protagonismo que le era propio y conocido.

La casa de San Martín, aludiendo al distrito en la que se localizaban, pasó a ser la casa de “Los Zuelos” en la que domingo tras domingo se daban cita la decena de paisanos castellanos y zamoranos residentes en las proximidades, nostálgicos y melancólicos por vivir en “tierra extraña”, con la que no se hacían ni sentían aun como propia.

Les caracterizaba no tener cargas de familia, nulo interés cultural y/o artístico y una total ausencia de relaciones amistosas con residentes locales lo que, inevitablemente, les obligaba a canalizar esas carencias con parientes prestos a abrirles la puerta, por solidaridad y paisanaje. Sin mostrarse cortos ni perezosos, tales polizones de tipo afectivo se pasaban cada tarde de domingo, sin aviso previo, a jugar a las cartas (brisca, escoba de 15, y tute cabrero, como juegos que se disputaban el gusto de los visitantes), no sin antes, alquilar oídos para que los escucharan y orientaran ante la incertidumbre a la que se veían expuestos.

De hecho, Zuelo en particular pasó a ser, sin mediar cita, “asesor sentimental”, a tiempo parcial, que solía aconsejar cuando se le preguntaba sobre la “rapaza o rapaz” disponible en el pueblo del que procedía, ante el sondeo que le pedían quienes, con edad de emparentar, se planteaban

viajar y programar un “ligue adecuado”. Lo descrito se asemejaba y le recordaba intensamente su propio derrotero, cuando tras dilatada experiencia y conocimiento acumulado en la materia, renunció a la búsqueda de una dama local y optó, como era de esperar, por “una del terruño”. La diferencia estribaba en una actitud más autodidacta que la que mostraban los representantes de la generación siguiente. Cada encuentro dominical reproducía el escenario pueblerino como si el mapa social se pudiera clonar y trasplantar a la distancia. Los chicos con los chicos y las chicas con las chicas era un mandato ancestral y cultural transpuesto, análogo al que discurría por cada parroquia de la comarca zamorana. En tales espacios, durante las celebraciones religiosas, los primeros ocupaban la parte posterior, estándoles vetado ubicarse en la parte anterior, espacio reservado para las abuelas, niños, damas y señoritas. La madre de Zuela era, además de chef, “maître” habitual al tener que confirmar el número de comensales que optaban por tomar “algo caliente” antes de irse. Además de estómago lleno, se llevaban también el alma plena. Partían con el afecto y la satisfacción de saberse escuchados al haber “soltado” cuestiones o problemas que traían como si estuvieran delante del típico confesionario aunque, en este caso, el párroco fuera Zuelo.

Los negocios familiares iban viento en popa y la acumulación de ingresos de Zuelo y suegro permitían excedentes dinerarios que alentaban un más que inminente cambio de casa. Inspiraba también el hecho de volver a tener cerca a la hermana que por esas épocas dejaba soltería y contraía enlace con apuesto caballero; socio de Félix Artemio.

En sus ratos libres, Juanito (como familiarmente, se le conocía y llamaba) ejercía de músico-lutier, cocinero y experto en catas de vino patero⁴ y subproductos derivados: aguardiente/orujo y vinagre/acetato, cuando ese era el destino que se le asignaba al vino cuya cosecha no hubiera resultado satisfactoria.

La procedencia del cuñado de Zuelo (flamante marido de su hermana) no podía dejar de ser zamorana y, más en concreto, alistana.

⁴ El vino patero es una variedad existente en Argentina, especialmente en el norte del país. (N.E.)

Tal pertenencia a la tierra era tomada y reconocida como signo de distinción y aceptación de costumbres y usos del acervo cultural heredado. Herencia que se convertiría en el más apreciable abrigo ante el invierno emocional que vivían y padecían nuestros corajudos emigrantes.

La búsqueda de casa apuntaba a la zona metropolitana de Buenos Aires, meta geográfica que ilustraba la progresión socioeconómica de toda familia que deseaba dejar la periferia suburbana para adentrarse en zona urbana. Aunque más residencial que céntrica, sobresalía por poseer una mejor red de transporte y mayor seguridad que, por aquellos tiempos, comenzaba a ser ya un factor a tener en cuenta. Promediando la búsqueda del mejor inmueble, Zuela trataba de buscar su lugar en el núcleo familiar. Se limitaba al cuidado de su pequeño hijo, marido y mayores, la lavandería familiar y a “hacer la compra” cada día (no había súper en tal época que pudiera agilizarla y espaciarla), según la lista que confeccionaba su madre cada mañana. La familia debía ajustarse al “menú” que la Sra. Zuela decidía directamente, sin consultar ni pedir opinión a ningún comensal destinatario que, sin mediar queja, disfrutaba, refección tras refección, de la calidad de sus guisos y preparaciones, cuyas recetas escondía, o bien, no explicaba lo suficiente para que, quizá, ningún otro pudiera emularla y desplazarla. A la sobreprotección que recibió Zuela durante su infancia, se añadía ahora el control logístico del hogar por parte de su madre del que le costaba desprenderse y sentir que había constituido una familia que buscaba su justa independencia. A consecuencia de todo ello, demandaba espacios privados para compartir y comunicar con quien era ya su marido. Aun así, y haciendo de tripas corazón, comenzó a disfrutar de su maternidad, cuando el niño empezó su experiencia escolar familiarizándose con los padres de los compañeritos de Alberto-Miguel que se daban cita cada mañana en el Colegio Claret de la ciudad de Buenos Aires (gestionado por la congregación de los Misioneros Hijos del Corazón de María; la misma, a la que pertenecía el hermano de Zuelo, que residía en España). La escolarización temprana del niño mejoró su sociabilidad que en años anteriores estaba limitada al entorno de paisanos y parientes que se congregaban cada fin de semana en la casa familiar cual club social abierto a quien quisiera frecuentarlo. No obstante, sentía satisfacción al ver que tan-

tos paisanos enjugaban sus penas aún a costas de que se postergara su privacidad y más que legítima intimidad.

El sentimiento expresado era de toda la familia anfitriona. Lo hacían en pos de una solidaridad que no siempre caracterizaba a otro tipo de instituciones como clubs o centros regionales en las que convergían emigrantes de otros pueblos y comarcas con los que no siempre se empatizaba o se tenían cómplices como lo eran los miembros de la familia de Zuelo.

Al continuar el buen hacer empresarial y de apartar, mes a mes, una buena proporción para el ahorro (administrado por las mujeres de la casa, en orden cronológico descendente), se aprobó en consejo familiar la conveniencia de diversificar el riesgo de concentrar la inversión en la misma ciudad: “Poner los huevos en distintas cestas”, como mandato y enseñanza recogida de sus mayores. El cambio de vivienda competiría con aquella decisión durante un tiempo. La búsqueda de un inmueble que mejor satisficiera las necesidades propias derivadas del incremento de la familia se había vuelto perentorio. Si bien podía diferirse, amenazaba ya la calidad de vida de los integrantes familiares cuyos representantes más jóvenes reclamaban más espacio y calidad de movimiento. A pesar de lo dicho, se priorizó la inversión en el predio comercial sobre el familiar al iniciar un sondeo de alternativas inmobiliarias en zonas distantes del eje metropolitano de Buenos Aires. Se trataba de identificar áreas no expuestas a la especulación rampante de precios que acosaban a la gran urbe, pero con el suficiente potencial turístico para que el retorno en términos de capitalización durante el tiempo se convirtiera en una expectativa razonable. Dibujado el escenario de actuación, Zuelo fue el estratega para poner en marcha la decisión tomada. Aunque racional, a la hora de las sumas y restas, no le faltaba intuición para “dejarse llevar” por lo inusual, paradójico, inexplorado y vinculado a lo que él daba en llamar: indicios relevantes y/o reveladores.

Quiso el destino, o mejor dicho, el oído de Zuelo que sintonizaría un día con la conversación que se producía en la cocina del hotel del barrio de Constitución en el que trabajaba. Fue así, aprovechando el desayuno que tomaba cada día sobre las siete de la mañana que reparó en

un mensaje del Chef. Acostumbraba siempre a escuchar más de lo que hablaba, pues pensaba, con evidente acierto, que lo que podía decir le quitaba tiempo a saber lo que ignoraba. El chef del hotel Lincoln (cuya identificación comercial honraba el apellido del presidente americano, a propuesta del arquitecto que permutó honorarios por porcentaje societario) se llamaba Sr. Castilla y procedía de un distrito rural, distante a unos 380 km de Buenos Aires. Tenía por nombre el de General Mada-riaga, que sería más tarde muy conocido y bastante popular, también fuera del país, por el número de hectáreas que compraría el conocido cantante español, Julio Iglesias. El simple apellido (región española a la que pertenecía la provincia de la que era oriundo, en la que nació la lengua castellana) de su colega le atraía sonora y emocionalmente y, por ello o por otra afinidad que se ignora, le escuchaba atentamente cada vez que se pronunciaba. El chef aludido acostumbraba a visitar a los suyos viajando a su pueblo cada mes y Zuelo, ni corto ni perezoso, se ofreció en uno de esos viajes previstos a acompañarlo, luego de que le fuera extendida una invitación por parte de su compañero de trabajo. Lo hizo con el propósito de animarlo a disfrutar de lo que él llamó el destino obligado en años venideros de playa para los que vivan en Buenos Aires y zonas de influencia, semejante a lo que hoy puede ser Gandía para una ingente cantidad de madrileños de clase media.

Más que familia, los zamoranos de aquella época ejercían como tribu y la ejecución de prospección y eventual inversión, más que familiar pasó a ser tribal. Y como en toda tribu habitual de la historia conocida, los que llevan a cabo la acción son los hombres de la casa. A Zuelo y Félix Artemio, se les unió el cuñado de ambos, esposo de la hermana más pequeña, cuyos esponsales habían ocurrido unos meses antes.

En este caso, el viaje de inversores reemplazó a la luna de miel del cuñado, diferida *sine die*, o mejor dicho, compensada por un eventual viaje a la madre patria que el grupo familiar también ya barruntaba (como celebración) siempre y cuando salieran airosos de su periplo y aventura financiera. A la motivación inversora, se adosó una excusa menos crematística como ser un imprevisto safari de caza, alentado por el cuñado que, a la música y el buen vino, le añadía “pegar tiros” cada

vez que podía escaparse de la ciudad y explorar esa pampa, cuyo simple nombre siempre le sedujo al hacerle imaginar extensiones ingobernables.

El llamado carpincho (jabalí salvaje, localizable a lo largo de toda la pampa húmeda, área fértil de las provincias de Buenos Aires, La Pampa y San Luis) y las llamadas colorada o martineta copetona (variedades de perdiz) eran su principal reclamo. Aunque como se verá, la febril actividad que les iría surgiendo no les dejaría tiempo de cazar ni de comer perdices, aunque fueran plenamente felices por los logros que obtendrían. Así puestos, la expedición constó de tres “cazadores”, y un ojeador: el Sr. Castilla; único conocedor de la zona e imprescindible GPS para un primer y eficiente viaje de prospección a una zona totalmente indómita y desconocida por estos curiosos e inquietos zamoranos. El automóvil Ford que llevaban se correspondía con uno del modelo Falcon; de triste recuerdo y fabricado únicamente en la Argentina. Era el tipo de vehículo que utilizarían las fuerzas de seguridad responsables de la persecución y desaparición de personas en la década de los años 80 por no comulgar con el régimen militar impuesto. Al mando del cuñado cazador, su conducción no permitió hacer el viaje en menos de ocho horas para los 400 km (la de chofer era la tarea que peor se le daba) de los que constaba un camino irregular con muchos baches cubiertos por ripio⁵ complementado con un deficiente asfalto que llegaba solo hasta donde se verificaba civilización.

El Sr. Castilla descendió antes y se quedó en su pueblo de Madariaga, cuando la noche hacía ya acto de presencia y los atrevidos exploradores asumieran continuar viaje haciendo un centenar más de kilómetros, aconsejados por el amistoso consejo del chef, para avanzar hacia la misteriosa zona cuya descripción de potencial turístico-inmobiliario los había encandilado. La villa de destino, cuyo nombre tomaba el apellido del fundador, primer habitante y pionero, D. Carlos Idaho Gesell, que había llegado hacía los primeros años de la década del 30,

⁵ Según el *Diccionario* de la Real Academia Española es un término utilizado en varios países sudamericanos que significa casquijo que se usa para pavimentar (N.E.)

en compañía de su segunda mujer. Don Carlos, como así le llamaban, era descendiente de un político alemán, que había ejercido como ministro, aunque enemistándose luego con el poder de la época. Deseoso de escaparse del ruido que ya caracterizaba a la urbe capitalina, Don Carlos “huyó” cuando descubrió el desafío que suponía domar los miles de hectáreas de dunas imperantes en la zona con las que acababa de hacerse. Lo que lo había enamorado hizo que se desenamorara hasta romper con su primera mujer ante la negativa de acompañarlo, aunque luego contribuyera a lanzar en la ciudad de Buenos Aires con el resto de la familia lo que, años después, sería *Casa Gesell*, tienda especializada en productos textiles y de ocio, dirigidos a la infancia.

Proclamada ya la madrugada, consiguieron sortear infinitos caminos de arena, sin ápice alguno de señalización, hasta alcanzar el supuesto “dorado” y se sintieron en la gloria cuando pudieron encontrar una luz que olía a posada; lugar más que necesario, dadas las horas, y ante el cansancio y rocío que generoso caía en la añorada Villa. Llegaban a un ignoto sitio del que ignoraban características y potencial, pero verían justificada su intuición, años más tarde, cuando se popularizaba el slogan que la promocionaba y les hacía recordar la clara y primera recomendación del Sr. Castilla: -“El balneario que se recomienda de amigo a amigo”. Comenzaban inmediatamente a confirmar que lo desconocido es tan atractivo como oneroso, cuando la señora de tez blanca y rubia cabellera atinó a mostrarle el billete equivalente por una noche para tres, sin pronunciar una sola palabra en el idioma de Cervantes, hablado por Zamora, Castilla y el resto de Argentina y España.

Un día soleado como los que hacen época y son motivo suficiente para dejarse calentar fue el motivo para que el intrépido trío saltara de la cama. Sin desayunar, se lanzaron a caminar por una pequeña aldea costera austral (sobre el mismo litoral del océano Atlántico bonaerense), constituida por opulentos chalets rodeados de floridos jardines vigorosos y verdosos, a pesar de no tener, sorprendentemente, tierra alguna como base. Todo era arena y de arena, también las escasas arterias que serpenteaban el tipo de edificación mencionada, barridas por una pertinaz brisa y poblado por gente bohemia y distendida, asemejándola más a la balear

Ibiza que a la valenciana Gandía (según se había mencionado como semejanza).

Una buena mayoría de habitantes y transeúntes que observaban no se correspondían con el color de tez y mediana estatura; rasgos típicos que identificaban a nuestros emigrantes y a buena parte de la población existente en la ciudad capitalina que habitaban. Por señas, gestos y perseverancia ante los primeros interlocutores, dieron con una de las dos oficinas inmobiliarias que ofrecían el tipo de propiedad que buscaban: a) pequeño hotel que pudiera ser atendido por sus dueños; b) flujo de clientela para que permaneciera abierto todo el año; y c) precio neto que evitara rehabilitación o reforma de instalaciones.

Contrariando a quien sabe que tropieza con lo que busca parecía que, en este caso, el primer hotel que se les ofreció los estuviera buscando a ellos. A tres náfragos como los descritos, no les hubiera disgustado (para zarpar a continuación), toparse con una embarcación, llamada *El Velero*: nombre comercial del establecimiento que les ofrecían. El propietario no dejaba de ser pintoresco: militar de origen teutón, terminó siendo unos de los responsables de la sala de máquinas del crucero alemán espía, de nombre *Admiral Graf Spee*, que los estrategas de Hitler tenían apostado hacia 1939, en la zona del Río de la Plata, para controlar el tráfico de mercantes. Al presentarse en el acorazado un problema mecánico de difícil reparación, el capitán recibió órdenes desde el mando alemán de hundirlo inmediatamente, desapareciendo *ipso facto* de la superficie frente a las costas de la afamada ciudad de Punta del Este (República Oriental del Uruguay). Entre los 1.055 tripulantes que protagonizaron la obligada espantada; todos quedaron huérfanos de actividad y destino, optando una minoría (siendo uno de ellos, el prominente maquinista naval que nuestro trío tenía delante) por explorar alternativas y descubrir que su vida discurriría en la Villa. Gesell, sería en años venideros, una de las ciudades de mayor desarrollo del país (convirtiéndose en municipio autónomo hacia los 80', independizándose del distrito de Madariaga que lo tutelaba desde sus orígenes).

Ante la transacción que felizmente concluían, se encontraban ya confiados en haberse profesionalizado en materia financiera al poder suplir

el rol de emigrantes por el de incipientes inversores que intentaban superar su primera prueba, sujeta al visto final del comando matriarcal que había quedado en Buenos Aires. Ninguno de los tres lo hubiera imaginado tiempo atrás poder compartir un momento semejante. Y mucho menos, teniendo del otro lado de la mesa, a un antiguo súbdito de quien hacía llamarse Führer, viéndose como un elenco de actores a prueba de una incipiente *performance* que se llamaría globalización. Décadas después, se volvería moneda corriente y, con la también digitalización, ya no sería necesario trasladarse tantos kilómetros para cerrar ese tipo de operaciones. La transacción había concluido exitosamente, como ya se explicó, y la caza de perdices y carpinchos fue sustituida por una inversión que no dejaba de ser para tal curioso trío de cazadores una pieza de “caza mayor” en una épica batida, de la que podrían presumir (y comentar luego con sus hijos y descendientes) con suficiente motivo durante toda su vida.

El fin de semana concluía de tal forma que aún se hicieron con tiempo de darse un banquete-festín en bastión alemán (no había muchas opciones de otro tipo de cocina), de curioso nombre: *Noa-Noa*. El establecimiento gastronómico se divisaba desde la propiedad adquirida que se situaba en una loma ajardinada, desde la que, a su vez, se avistaba la importancia y longitud de su vía principal, identificada con un número, el 3. Y también eran tres las partes que tomaron parte de la compra, despejando posibles celos y agravios comparativos entre el trío de ases femeninos que, expectantes, aguardaban acontecimientos desde la casa familiar. Su dueña, de inocultable apariencia germana y fuerte carácter, les trajo una carta de platos en el que no había más opción que seleccionarlos según lo atractiva que resultaran las fotos de las pocas opciones que brindaba por ignorar el idioma en el que cada una estaba descrita.

Las pocas especialidades que promocionaba parecían ser caseras y cocinadas por quien la acompañaba que ante el parecido físico, debía de ser su madre. Resultaría ser pariente o conocida del vendedor alemán pues estaba al tanto de la operación al sorprenderlos con un brindis con champaña francesa que ella misma propició, al decirles a continuación: -“¡Bravo!”. Nunca supieron si se mostraba eufórica por haber cambiado

de vecinos, o bien, se trataba de una actitud permanente que se correspondería, como suponían, a una brillante profesional, emigrante como ellos, que sabía promocionar su local ante futuros vecinos candidatos a convertirse en potenciales clientes que podrían repetir muchas veces en un futuro inmediato. Dos días, tan solo, habían resultado de los más productivos en las vidas de los tres pioneros de las inversiones castellano-zamoranas en aquella zona, virgen e indómita. Prestos a recoger bártulos en el pequeño hostel que se alojaban, recordaron que debían recoger al compañero y amigo, Sr. Castilla, en la vecina localidad de Madariaga, antes que oscureciera, en un día de domingo que, paradójicamente, se correspondía con el día de la independencia nacional. Pragmáticos como lo eran, también habían declarado a su modo la suya, al menos en lo concerniente a lo económico. En este momento, experimentaban una mayor libertad que cuando emprendían el viaje de ida percibiendo que ponían pie y dejaban huella. Mucho más profunda, si cabe, en un país que dejaba de ser ya de paso, para convertirse en la patria de sus descendientes y residencia de la familia para las siguientes décadas. El tiempo transcurrido hasta la recogida y el ocupado por la posterior llegada a la gran urbe estuvo lleno de las anécdotas que ilustraban un viaje tan singular que llegó a conmover hasta el mismo Sr. Castilla, gran inductor de la travesía, haciéndole exclamar, ni bien dejaban que se expresara, dado el cúmulo de emociones registradas: -“¡Nunca pude imaginar las consecuencias de un consejo dado y tan bien aprovechado por Vds! ¡Nunca había tenido un viaje tan corto y tan entretenido, entre mi pueblo y Buenos Aires!”.

De vuelta al hogar, traspasada ya la medianoche, las mujeres de la casa estaban aún despiertas, aunque el niño estuviera ya descansando dada la hora. Se mostraban muy atentas y pendientes de los detalles y resultados de la travesía, sin que faltara una cena contundente para la ocasión, por si el más que posible apetito cundía entre los turistas (ahora, devenidos inversores). Eficiencia y satisfacción eran los evidentes frutos de una expedición que colmaba expectativas y decisiones tomadas anteriormente por todos aunque inducidas claramente por el trío (Zuelas + cuñada) matriarcal de estrategias que administraba con eficacia la casa y

recomendaba, con acierto, proteger los excedentes dinerarios que se iban produciendo. Aunque la noche fue secuestrada por las circunstancias y el descanso resultara escaso, toda la familia tenía por costumbre despertar ni bien aclaraba el día, pues tanto Zuelo como Félix Artemio les llevaba tiempo llegar a sus sitios de trabajo al utilizar transporte público en plena hora punta. No eran menos los avatares de Alberto-Miguel y madre que también se tomaban su tiempo entre el baño diario que uno recibía y otra controlaba. Le sucedía al preceptivo desayuno previo a la recogida del autobús escolar que lo recogía cada día para llevarlo hasta el Colegio Claret de Buenos Aires, en el que completaría sus estudios primarios y secundarios, destacando por su aplicación, rendimiento y relacionamiento con autoridades, compañeros y docentes.

Tres temas secuestrarían la atención familiar de los próximos meses aunque solamente fuere el primero en el que sería “exclusividad de hombres”: a) selección del equipo para singladura de la nave adquirida (*El Velero*); b) compra de casa para mudanza familiar, con hermana y cuñado de Zuelo; y c) viaje familiar a la madre patria para reencuentro con parientes/amigos.

Zuelo tenía un caladero perfecto de candidatos que eran compañeros suyos en el hotel del barrio de Constitución en el que ya ejercía como responsable de área y en el que llegaría a presidir, décadas después. No obstante, tenía que ser cauto y extremar cautela para informar oportunamente de tal necesidad al Sr. Calvo ante la demanda de personal que exigía la primera inversión que hacía por su cuenta sin el concurso de quien tanto le había apoyado hasta la fecha. Como la llamada M-30 (hoy, calle 30) constituye la radial de Madrid, diferenciando la zona metropolitana del extrarradio, la llamada avenida del General Paz hacía lo propio con la capital argentina. El barrio más próximo al distrito en el que vivían, ni bien cruzaban la citada avenida, se llamaba Villa Devoto; zona residencial que, paradójicamente, daba nombre también al segundo presidio que, junto al de Caseros, eran los únicos dos complejos carcelarios instalados en la ciudad. Con el tiempo se convertiría igualmente en el barrio de la mansión de la familia del futbolista Diego Maradona que, cuando fue contratado por el F. C. Barcelona, ce-

dería a sus padres que residirían allí hasta que fallecieran, acompañados de los hijos que en ese momento permanecían solteros y luego, algunos, también emigrarían a España.

Varios fines de semana fueron destinados a la visita de propiedades que diversas oficinas inmobiliarias les iban ofreciendo muy interesadas en persuadir a tan exigentes clientes que daba gusto satisfacer y mantener, si fuera el caso. Transcurridos un par de meses, tuvieron la dicha de encontrar un predio de tres plantas emplazado en la calle conocida como Bahía Blanca (nombre de la ciudad bonaerense, asiento de la Armada argentina y en cuya ría se abre el Puerto del Ingeniero White, desde el que se canalizan buena parte de las exportaciones argentinas al mundo). Optaron por cederle el bajo con su correspondiente plaza de garaje (casi 200 m² edificados, incluyendo un generoso terreno en la parte posterior que transformarían en jardín y huerta) a la hermana y el cuñado, reservándose las dos plantas superiores para los dos matrimonios, junto al pequeño de la casa. Las dos plantas que pasarían a ocupar “Los Zuelos” y abuelos duplicaban superficie y contaban también con una plaza de garaje aunque no tuvieran coche (por allí se dice auto). Zuelo carecía de visión en uno de sus ojos por una infección de pequeño que no supieron curarle a tiempo, culminando con la extirpación total del lóbulo ocular. Desde aquel momento tuvo que recabar una prótesis que nunca ya abandonaría y que le impedirían tramitar un permiso de conducción. Habían decidido ceder la zona verde cedida a la hermana a cambio de una terraza panorámica con barbacoa y quincho (nombre que se le da por Argentina, Paraguay y Uruguay al cobertizo que permitía asar carne y acoger a los invitados que disfrutaban de un día de campo; en el caso que nos ocupa, en plena ciudad) y generosa vista del barrio que circundaba a la propiedad de reciente construcción (el vendedor, Sr. Pereira, había sido el constructor y primer ocupante).

Aquel año de 1964 estaba discurriendo a pedir de boca y para continuar la tendencia de abundancia que los caracterizaba, dos damas comunicaban estados de buena esperanza: Zuela, a la espera del segundo hijo y la hermana de Zuelo su estreno maternal cuando ya excedía los 45 años. Tal sucesión de noticias que incrementaban en dos el núcleo

familiar elevándolo a nueve miembros aplazaban *sine die* el comentado viaje a España y a su Zamora natal. Sobraban razones para hacerlo pues el disfrute del actual momento satisfacía y superaba el placer de una travesía que siempre podría realizarse. Aunque no se hacían estudios por aquellos tiempos para dirimir el sexo de los niños, la intuición de las “futuras-mamá” y la evaluación que amigas cotillas hacían sobre el tipo de embarazo anticipaban que serían niñas, confirmándolo efectivamente cuando ocurrió el parto. La hermana de Alberto-Miguel vio la luz días antes de la festividad navideña, inmejorable regalo que celebraba los cuatro años de llegada de suegros y esposa de Zuelo, mientras que su sobrina (hija de hermana y cuñado) llegaría al mundo en los primeros meses del año siguiente. Ambas llegaron sanas y salvas trayendo alegría y esperanza para una familia que solo pensaba en disfrutar intensamente la vida concedida y en el futuro de los que traía al mundo. Por proximidad de edad, las dos criaturas serían con el tiempo tan amigas como primas convirtiéndose en verdaderas cómplices de vida, compartiendo prácticamente la totalidad de cada jornada hasta bien avanzados sus años adolescentes cuando una decidió dejar el país antes que lo hiciera la otra. De hecho, terminarían siendo compañeras de guardería y de escuela primaria y secundaria que ofrecía el Colegio de la Santísima Virgen Niña que regentaba una congregación de monjas italianas desde inicios del siglo anterior, frente a la plaza del barrio de Villa del Parque. Se halla tan próximo a la casa en la que ambas familias vivían que el trayecto lo completaban, si la meteorología lo permitía, en agradable y distendida caminata.

Los años siguientes convertirían la residencia familiar en un “*hostel*” de corte infanto-juvenil, en el que frecuentemente se producía trasiego de compañeritos que desfilaban haciendo gala de lo que en Buenos Aires se llamaba “fiesta de pijamas”, en las que los niños disfrutaban fines de semana alternando en casas diferentes. Se aprovechaban para hacer tarea escolar como celebrar cumpleaños, aunque no siempre se tirara de una excusa determinada para llevarlas a cabo y divertirse por todo lo alto. Mientras los niños iban a lo suyo, los adultos tampoco perdían el tiempo y no dejaban de promover, domingo tras domingo, tras

la preceptiva misa a la que concurría la totalidad de familia, los encuentros iniciados en la anterior vivienda. Al juego de cartas y el diálogo habitual, se sucedían bailes y conciertos de gaita y dulzaina, animados por, Juanito, el dicharachero cuñado de Zuelo que se había hecho con la parcela cultural en un abrir y cerrar de ojos. Muchos de los visitantes venían ya de contraer enlace con paisana zamorana (siguiendo el oportuno consejo brindado por Zuelo) que se radicaba en el país. Siguiendo el protocolo, engrosaban inmediatamente la lista de los que pasaban a disfrutar de la tradicional hospitalidad ofrecida por tan generosos anfitriones, compartiendo las primeras fotos en color cuya existencia se iba popularizando por aquellos años.

Diciembre de 1965, sería la fecha de la primera temporada en la que *El Velero* abría sus puertas bajo la dirección de los nuevos propietarios y ello implicaba que la familia tuviera que desplazarse a la costa atlántica los años venideros, verano tras verano, para instalarse desde el puente de La Inmaculada hasta la primera semana de marzo. Para disfrutar en mejores condiciones de la estación estival, acostumbraban a alquilar una propiedad, cuyo propietario era también un paisano, contiguo al establecimiento que dirigirían hasta bien avanzados los '70. En tal temporada, renunciaron a la permanencia de tres meses en la zona, ya que pudieron contar con un gerente que residiría en Villa Gesell todo el año y que provenía también del hotel en el que seguían prestando sus servicios Zuelo y el chef Castilla. Las familias no descansaban ni en la playa ni en la ciudad pues se afanaban y ufanaban en aprovechar esos años en los que podían permitirse una ingente actividad que les asegurara ahorros que garantizaran un futuro tranquilo, en contraposición con el que no pudieron asegurarles sus mayores.

Con la puesta en marcha del hotel adquirido y del cambio de vivienda sustanciado, el viaje a la madre patria aparecía como el reto pendiente. Por ser el último de los programados, no dejaría de ser el menos importante en la integración y cohesión de un árbol familiar que ya contaba con tres flamantes brotes. Quizá el emigrante asume que su proceso en sí, es un bestial viaje (el destino nunca es un lugar) que no solamente se presta a hacer sino que, manso, deja que se haga en él. Más tarde, y

ahora era cuando ya lo vislumbraba, se presentaría el momento correcto para trasladar lo aprendido a hijos y nietos sobre lo que realmente significaba y de lo que iba eso que daba en llamarse emigración.

El retraso del mencionado viaje fue acertado y oportuno pues los niños crecían y se familiarizaban con más información cual turistas que leen antes la guía del destino que deciden visitar. Muchas veces se había insinuado y muchas otras se iba difiriendo pero lo cierto es que la hiperactividad, ante la cantidad de frentes abiertos, había sido el obstáculo que dejaba atrás una familia que ya emprendía el camino de forma más lenta, pero igual de segura.

Celebradas las primeras comuniones de los tres niños, siendo consecutivas pero no simultáneas (preceptivas entre los 7-9 años de edad, según costumbre imperante en los centros educativos a los que asistían) había llegado un momento inmejorable para realizar el viaje. Se ofrecería como obsequio a los niños pero resultaría memorable para toda la familia por ser el primero (y último) que pudieron hacer los nueve juntos. Se prolongaría la totalidad de los dos meses (los hombres redujeron la estancia a la mitad) del verano austral y fueron muy bien aprovechados para mostrarles a los jóvenes descendientes las raíces familiares de padres y abuelos. Y, de paso, se aprovechaba para visitar a los parientes que esperaban conocer a sus respectivos primos y sobrinos argentinos (Zuelo y hermana tenían todavía a cinco hermanos vivos; Zuela era hija única) y también para que el resto de adultos pudiera regresar, una década después, a la tierra que los había visto nacer y crecer.

Si hubiera un lema que pudiera definir a “Los Zuelos” ese sería: “No dar puntada sin hilo”. Y para muestra un botón: todo viaje supone una ingente inversión económica y de tiempo y, previamente, habían acordado no limitarlo a propósitos turísticos y de reencuentro familiar, si afloraba o pudiera surgir un “chollo” que justificara una inversión que asegurara jubilación y futuro. La lección estaba aprendida desde el mismo momento de zarpar y al igual que cuando se tomó la decisión de adquirir el hotel en la costa argentina, el ala matriarcal aconsejaba en aquel viaje no dejar de “mirar” cualquier oportunidad que diversificara el riesgo que suponía tener concentrado lo que se tenía invertido

en territorio americano. Y tanto Zuela como hija, a pesar del analfabetismo de la primera y de la poca propensión a la lectura de la segunda, conocían muy bien los avatares de un país que históricamente acusaba una inestabilidad crónica desde la interrupción democrática de 1930, a cargo del general José Félix Uriburu, autonombrándose luego presidente. Desde aquel año y cambio de década, los argentinos se irían acostumbrando a que cada militar que usurpaba la Casa Rosada (Casa de Gobierno) fuera llamado presidente de la Nación. Y que inspirara a ese cronista anónimo que llegó a ironizar la coyuntura, expresando: “No vayan tan rápido que no nos dan tiempo a desobedecer todo lo que van prohibiendo”. El golpe encabezado por Uriburu inauguraba una serie de golpes de Estado que ocurrieron sucesivamente en 1943, 1955, 1962 y 1966 y que se fueron alternando con escasos gobiernos constitucionales hasta la asonada de 1976. La misma fue orquestada por las tres fuerzas armadas conjuntas, representadas por el general Jorge Videla, el almirante Eduardo Massera y el brigadier Orlando Agosti que dio lugar a la última junta militar corporativa (Ejército de Tierra, Armada y Ejército de Aire o Fuerza Aérea) que, con un reemplazo posterior de actores, se interpuso en la intermitente democracia argentina. Fue el golpe de estado mencionado el último que la historia argentina reciente registra antes de la instauración definitiva de la democracia en 1983, al ser electo el presidente el Dr. Raúl Alfonsín (Unión Cívica Radical), nacido en Chascomús; poblado relativamente próximo a la ciudad de La Plata; capital provincial bonaerense, pero con raíces familiares en el pueblo gallego de Lalín.

El viaje del primer regreso y, por tanto, tan añorado de los nueve “turistas” se concretó finalmente promediando el mes de diciembre, el mismo año de los mundiales de fútbol de 1978 (Argentina, venía de consagrarse campeón mundial del deporte rey, por primera vez en su historia), coincidiendo con el mismo mes de llegada de la familia política de Zuelo, ocurrido en un ya lejano 1960. Casi dos décadas habían transcurrido desde el desembarco americano, siendo el *Monte Umbe*, construido por la Naviera Aznar, el navío que los transportó desde el puerto de Buenos Aires hasta el de Barcelona, tras 19 días de travesía, coronando lo que muchos sueñan y pocos concretan: “¡Volver!”.

NOTA BIOGRÁFICA DEL AUTOR

Miguel Rivas es hijo y nieto de una familia de emigrantes zamoranos afincados en la capital de la República Argentina desde el año 1948, nace el 7 de mayo de 1962 en Buenos Aires. Es miembro del equipo que gestiona la Asociación de los Amigos del Desierto, AdD, fundada por el Padre Pablo d'Ors, junto a Beatriz Canals y María Boada en 2014. Junto a Cecilia Vicente coordina tareas de comunicación y, junto a D^a. Olga Cebrián, la programación de las conferencias, cursos, talleres y seminarios en Asia e Iberoamérica. Reside en España desde el año 1988, ausentándose entre 2008 y 2011 ante el proyecto de puesta en marcha de un grado universitario en Shanghai, por encargo del gobierno chino, al grupo privado, *The Raffles Education Corporation* (con cotización en la Bolsa de la República de Singapur; ex- Colegios La Salle). Está graduado en Administración y Economía de la Empresa, ejerció desde 1988 como responsable de áreas comerciales y de calidad. Cursó estudios de post-grado relacionados con la práctica del marketing y la neurociencia aplicada a empresas. Acumula más de tres décadas como emprendedor, docente, investigador, orador, promotor de voluntariado social y consultor-jefe, a cargo de misiones y proyectos profesionales, por encargo de diversas entidades multilaterales, corporaciones públicas/privadas e instituciones educativas de países de África, Asia, Iberoamérica, Oriente Medio y UE. Persuadido por el impacto pedagógico del ejemplo y de poder esculpir lo de fuera, que sobra, molesta y afea, busca siempre que entre sus variadas audiencias e interlocutores aflore lo auténtico que cada uno lleva dentro. Generó e inspiró tal deseo, el haber sentido temprana curiosidad por el misterio de los ritos y la sabiduría derivada de la tradición y el acervo ancestral de pueblos originarios aún no extintos, constituyendo los mapuches; diezmados y esparcidos en contadas franjas de la Patagonia argentina-chilena, cordillera de Los Andes de por medio, su primera y reveladora referencia.

Tres son las generaciones que dejan huella ancestral aunque también alguna que otra cicatriz cual trofeo resultante ante heridas que han querido immortalizarse a flor de piel antes de que cualquier tatuaje le cogieran la vez. *Cuatro* son las estaciones por las que el año se da a conocer dando motivo para cubrirse hasta donde se pueda, o bien, alcanzar el más completo desnudo cuando el cuerpo se entrega a los grados del mercurio. *Cinco* son los días hábiles en los que espíritu y talento se ponen de acuerdo para cumplir con el oficio, arte o profesión por los que el nativo residente opta, generalmente, a la supervivencia. *Seis* era el número que no quiso ser nueve cuando el dígito del billete comprado esquivaba el premio mayor en la lotería ocasional que, omitiendo el adagio castellano, no anteponeía trabajo ni economía. *Siete* es el número de días que trabaja a la semana el emigrante, consciente de apostar por una incondicional entrega como sueldo a esgrimir mientras familia y salud sigan siendo aliados leales. Actitud, fortuna y sano orgullo van por dentro de los que toman al corazón por motor y al latir por impulso de la huella que dejan a su paso.



Boda de Zuelo y Zuela en Zamora, 1959; emigrantes zamoranos en Buenos Aires, Argentina, 1948-1998.



Lucía (hermana de Zuelo) y Juan (cuñado), padres de Virginia María, 1963.



Boda de Lucía, hermana de Zuelo con Juan, junto a Félix Artemio (hermano y suegro) y Sra. Zuela (suegra), 1961.



Primera Comunión de Alberto-Miguel, junto a Virginia M^a y Dora; sobrina e hijos de "Zuelos"; Buenos Aires, 1969.